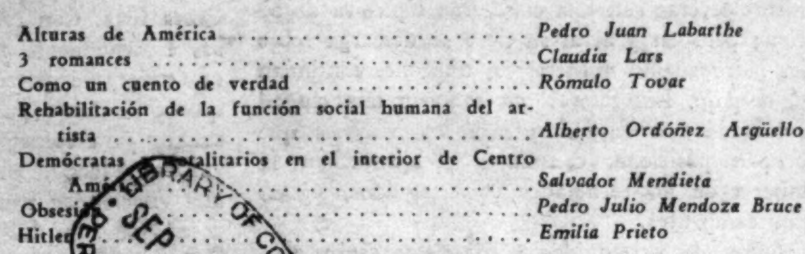
Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXVIII | San José, Costa Rica **1941** Sábado 23 de Agosto | Nº 14

Año XXII — Nº 918

En este número:



Un canto para Bolívar

(En el Rep. Amer.—Leído en la Universidad de México el 24 de julio de 1941, aniversario del natalicio de Bolívar).

Padre nuestro que estás en la tierra, en el agua, en el aire
de toda nuestra extensa latitud silenciosa,
todo lleva tu nombre, padre, en nuestra morada:
tu apellido la caña levanta a la dulzura,
el estaño bolívar tiene un fulgor bolívar,
el pájaro bolívar sobre el volcán bolívar,
la patata, el salitre, las sombras especiales,
las corrientes, las vetas de fosfórica piedra,
todo lo nuestro viene de tu vida apagada,
tu herencia fueron ríos, llanuras, campanarios,
tu herencia es el pan nuestro de cada día, padre.

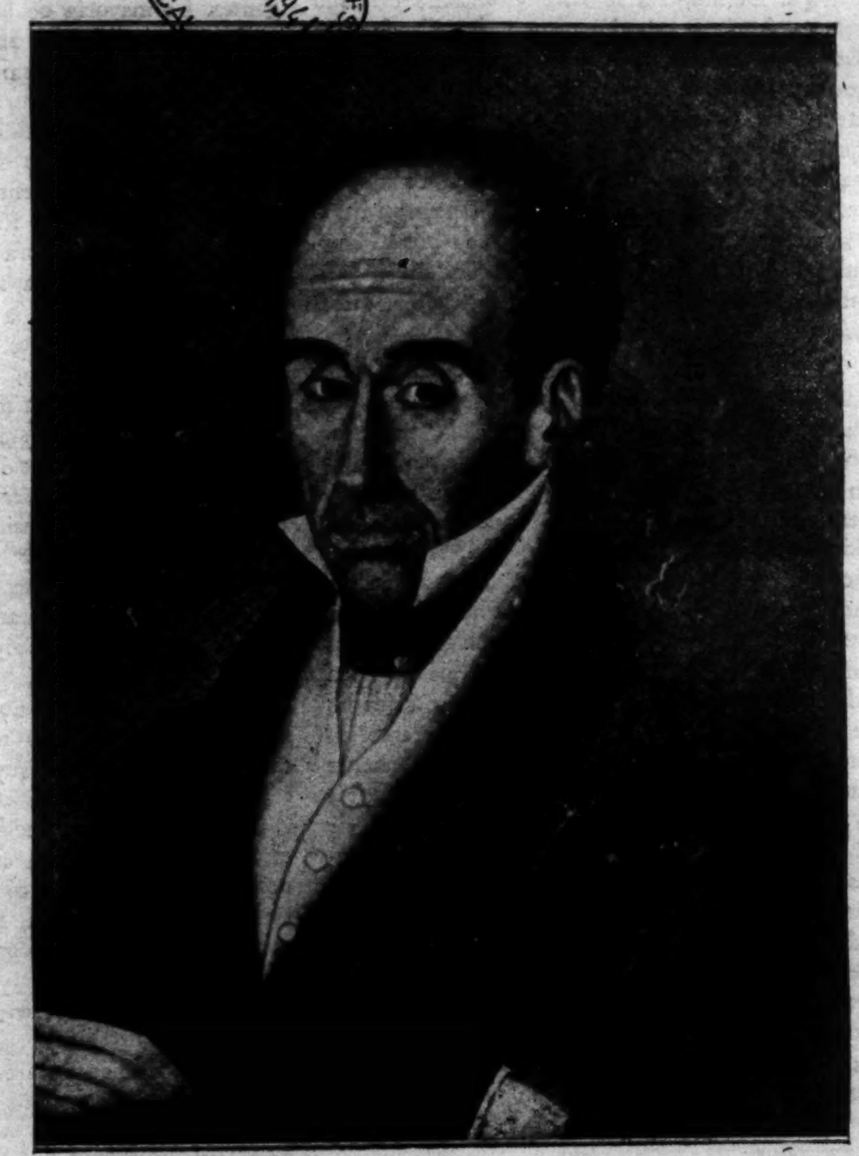
Tu pequeño cadáver de capitán valiente
ha extendido en lo inmenso su metálica forma,
de pronto salen dedos tuyos entre la nieve
y el austral pescador saca a la luz de pronto
tu sonrisa, tu voz palpitando en las redes.

¿De qué color la rosa que junto a tu alma alcemos?
Roja será la rosa que recuerde tu paso.
¿Cómo serán las manos que toquen tu ceniza?
Rojas serán las manos que en tu ceniza nacen.
¿Y cómo es la semilla de tu corazón muerto?
Es roja la semilla de tu corazón vivo.

Por eso es hoy la ronda de manos junto a ti.
Junto a mi mano hay otra, y hay otra junto a ella,
y otra más, hasta el fondo del continente oscuro.
Y otra mano que tú no conociste entonces
viene también, Bolívar, a estrechar a la tuya.
De Teruel, de Madrid, del Jarama, del Ebro,
de la cárcel, del aire, de los muertos de España
llega esta mano roja que es hija de la tuya.

Capitán, combatiente, donde una boca
grita Libertad, donde un oído escucha,
donde un soldado rojo rompe una frente parda,
donde un laurel de libres brota, donde una nueva
bandera se adorna con la sangre de nuestra nueva tierra,
Bolívar, capitán, se divisa tu rostro.
Otra vez entre pólvora y humo tu espada está naciendo.
Otra vez tu bandera con sangre se ha bordado.
Los malvados atacan tu semilla de nuevo,
clavado en otra cruz está el hijo del hombre.

Pero hacia la esperanza nos conduce tu sombra,
el laurel y la luz de tu ejército rojo
a través de la noche de América con tu mirada mira.
Tus ojos que vigilan más allá de los mares,
más allá de los pueblos oprimidos y heridos,
más allá de las negras ciudades incendiadas,
tu voz nace de nuevo, tu mano otra vez nace:
tu ejército defiende las banderas sagradas:
la Libertad sacude las campanas sangrientas,
y un sonido terrible de dolores precede
la aurora enrojecida por la sangre del hombre.



Bolívar en 1830

(Atribuído a *Antonio Meucci)*

Libertador, un mundo de paz nació en tus brazos,
La paz, el pan, el trigo de tu sangre nacieron,
de nuestra joven sangre venida de tu sangre
saldrá paz, pan y trigo para el mundo que haremos.

* *

Yo conocí a Bolívar una mañana larga,
en Madrid, en la boca del Quinto Regimiento.
"Padre, le dije, ¿eres, o no eres o quién eres?"
Y mirando el Cuartel de la Montaña, dijo:
"Despierto cada cien años cuando despierta el pueblo".

Con un saludo cordial de

PABLO NERUDA

Pasaportes para ninguna parte

(De The Nation, Nueva York. Traducción y envío de Enrique Espinoza. Santiago de Chile).

San José de Costa Rica,
enero 10 de 1941.

Cada cataclismo trae sus merodeadores. Sea un terremoto, una inundación, un incendio o un éxodo de refugiados, las hienas acechan siempre, ansiosas de caer sobre sus víctimas. En todo sentido, las leyes de los distintos países son lógicamente severas con esta clase asaz repulsiva de bichos; pero en general su peso se descarga sobre los ladronzuelos, mientras los tiburones continúan el despojo. Los rateros que saquean una ciudad arruinada son fusilados; mas los hombres que ocupan posiciones consulares y aprovechan la miseria de los refugiados y perseguidos, siguen tan campantes.

Miles de perseguidos antifascistas están ahora varados en los países aun no invadidos de Europa. La mayoría sólo ha encontrado un asilo momentáneo, y continuamente hostilizada por las autoridades locales, busca siempre un refugio mejor. Son las víctimas predestinadas de ciertos representantes de algunas de las más pequeñas repúblicas centro y sudamericanas, que negocian con visas no autorizadas. Más de un refugiado inexperto que puso su esperanza junto con su dinero en una visa avalada por el cónsul, al parecer respetable, de éste o aquél país latinoamericano, se ha visto arrastrado a una trágica odisea.

De hecho todos los países latinoamericanos han adaptado últimamente hacia los refugiados europeos una política común basada en estas dos reglas: a) No admitir en principio judíos en el futuro; b) Todos los pedidos de visas deben ser sometidos por los cónsules a las autoridades de inmigración de sus países. En consecuencia, los Estados más importantes de Sud América—Brasil, Argentina y Chile—han impartido severas órdenes a sus cónsules europeos para que no extiendan ninguna visa que no haya sido previamente aprobada por las autoridades de sus gobiernos. Y por lo que yo sé, los representantes de dichos países observan estrictamente estas órdenes. Sin embargo, no puede decirse lo mismo de los cónsules de varios Estados de la América Central como Costa Rica, Honduras, Panamá, Haití y Santo Domingo, que generalmente no pertenecen a la carrera diplomática de estos países, sino que son meros comerciantes locales sin otra retribución que los derechos que cobran por los visados. Al restringírseles o abolírseles la facultad de conceder visas a su gusto, los más inescrupulosos de estos cónsules "honorarios" siguieron vendiendo por su cuenta visas que ellos sabían destautorizadas y sin valor.

En algunos casos estas visas eran concedidas en tal forma que hasta el más ingenuo de los postulantes sospechaba la existencia de algo doloso en la transacción. Por ejemplo, cuando una pareja judía de mi relación adquirió dos visas a mil dólares cada una con el cónsul de Costa Rica en Berlín, éste les hizo firmar una declaración formal comprometiéndose a no ir a Costa Rica. Con todo, ellos adquirieron estas visas evidentemente falsas por la siguiente razón: un emigrante potencial necesita una visa cualquiera no tanto para ir a un país determinado cuanto para conseguir visas de tránsito.

Desde luego, no todos los países conceden una visación de tránsito al poseedor de una dudosa visa fija; los cónsules norteamericanos en Europa, por ejemplo, se reirían de tal sugerencia. Pero los cónsules de otros países son menos exigentes. La mayoría de los que viajan de Europa a América se dirigen ahora al Oriente y no al Occidente. Si su destino es algún lugar del Caribe o la América Central, deben munirse de visas de tránsito para Rusia, Japón y Panamá. Todavía no es demasiado difícil conseguir tales visas de tránsito al presentar una visación al parecer válida para Costa Rica o Haití, digamos.

En el caso de nuestra pareja judía, el cónsul costarricense de Berlín sabía que no estaba en su derecho el conceder la visación y así se lo dió a entender más o menos explícitamente a los solicitantes. Sin embargo, estaba deseoso de ayudarlos—una buena paga mediante—. Y desde que lo esencial para ellos era salir de Alemania no importa cómo, les ofreció visas no autorizadas y sin valor para Costa Rica, lo que les ayudaría a conseguir visas de tránsito para Rusia y Japón. Una vez emprendido este largo viaje ellos suponían, lo mismo que muchos otros, que la suerte les permitiría desembarcar en cualquier parte. En el peor de los casos, permanecerían algún tiempo en el Japón, con el riesgo de ser deportados a Shanghai. De este modo fue cerrado el trato. El cónsul cobró 23000 marcos a cada uno en concepto de "honorarios y estampillas" y la pareja inició el viaje.

No es de ningún modo este caso aislado, ni el cónsul de Costa Rica en Berlín el único en el negocio. Docenas de cónsules "honorarios" en Berlín, Viena, Varsovia, Kaunas, Estocolmo, han estado haciendo este negocio mucho tiempo, algunos durante años. Los precios que cobraban no eran iguales; pero sí, siempre exorbitantes; el cónsul de Haití en Berlín, me lo han referido varios de sus clientes, acostumbraba cobrar a los judíos ricos 6000 marcos por visa.

Por mi parte, yo no veía motivos para dudar de la autenticidad de mi visación cuando partí el pasado mes de setiembre desde Estocolmo a Costa Rica con una válida por nueve meses del cónsul general de esta República en Suecia. Sucedió lo siguiente. Después que la invasión nazi a Dinamarca me obligó a escapar a Suecia sin visa, las autoridades suecas me dieron a elegir entre abandonar el país arreglándomelas como pudiera o quedarme en el campo de concentración. En seguida pedí a varios países latinoamericanos una visa; pero todos me la negaron o más bien me prometieron someter mi solicitud a sus respectivos gobiernos; un procedimiento que demandaría entre 4 y 6 meses. Por último, di con lo que buscaba. En el mes de julio me llegó al campo de concentración una carta de Víctor Andersson, cónsul general de la República de Costa Rica, informándome que se me había concedido una visa para este país. Gracias a la carta se me dió permiso por un día en el campo de concentración y fui a ver al señor Andersson a Estocolmo. Tratábase de un voluble comerciante endurecido, un verdadero hombre de negocios, que hablaba con facundia de sus simpatías por las víctimas de la opresión y que con mayor facundia cobraba sus honorarios. Después de un duro regateo quedamos en 35 dólares; la paga legal, como supe después, era de 3 dólares por visa.

Junto a una visa bellamente estampillada y sellada, el señor Andersson me pasó dos cartas escritas en un español menos hermoso. Este singular cónsul de una república latinoamericana, según me di cuenta, no hablaba una palabra de español; toda la correspondencia con su gobierno se hacía por intermedio de un traductor. Una de sus cartas era un "pase libre" dirigido al jefe de policía de San José y que entre otras cosas decía que yo era de "raza aria"; la otra carta, a "quien correspondiera", solicitando a las autoridades competentes de Costa Rica que me prestaran una benévola acogida. Ambas cartas estaban asimismo ricamente adornadas de estampillas, con mi fotografía y la firma del cónsul.

¿Cómo podía yo saber que todo carecía de valor: la visa, el "pase libre" y el "a quien corresponda"? El señor Andersson me había asegurado que yo tenía la suerte de ser ario, porque de ser judío, no me hubiera podido conceder la visa, no obstante su simpatía, por todo el dinero del mundo. (Después supe que el señor Andersson vendía también visas a los judíos aunque a precios mucho más altos). Yo creía honradamente en lo que me dijo: que Costa Rica era uno de los pocos y últimos países del mundo que no había cerrado sus puertas a los refugiados políticos.

Mediante mi visa costarricense adquirí visas de tránsito para Rusia, Japón y Panamá y con mi mujer, partimos a fines de setiembre. Zarpamos de Yokohama en el barco japonés *Ginyo Marú*, llegando a Balboa, en el Canal de Panamá, el 4 de diciembre. Allí para nuestra desesperación supimos que no podíamos desembarcar. Cuando presenté mi pasaporte al oficial de la cuarentena lo hizo sencillamente a un lado con un breve "no sirve". Todos los pasajeros que tenían visas para Costa Rica recibieron igual trato como muchos otros que tenían visas para Santo Domingo, Haití, Honduras y varios países más. Se nos dijo que nuestras visas no eran válidas porque no habían sido confirmadas explícitamente por los respectivos gobiernos, y que en tales condiciones nuestras visas para Panamá tampoco servían. Las autoridades de la Zona del Canal habían recibido recientemente estrictas instrucciones de Washington para no permitir el desembarco a nadie que no pudiese demostrar satisfactoriamente que sólo estaba de tránsito. También se nos dijo que los Estados Unidos no podían ofrecer ningún chance más a los refugiados, genui-

(Pasa a la pág. 223).

Amoroso apego a sacrificarse por la patria

(En el *Rep. Amer.*)

Salvador Mendieta nos habla de cómo el amoroso apego a sacrificarse por la patria, da ocasión a escenas curiosas, y nos cuenta una del general Guardiola que gobernara a Honduras, y otra del general Zelaya, que fuera Presidente de Nicaragua. Hombres de esta clase llegan al poder por ese espíritu de sacrificio por la patria, sacrificio que hacen con todo amor y que ni las revoluciones logran evitar.

En Guatemala hemos tenido a menudo hombres abnegados, henchidos de ese "amoroso apego a sacrificarse por la patria", que nos dice Mendieta. Ahora mismo, el pueblo exije al general Ubico una tercera reelección; y él, con generoso desprendimiento, en un darse todo entero a la patria que ama tanto y a la que trata de poblar con sólo elementos de selección, en un esfuerzo de remozar las Leyes de Licurgo, no ha podido resistirse a tan apremioso requerimiento; y al darse así, sin reservas, todavía ha tenido la gentileza de excusar su sacrificio, como para amenguar la inmensa magnitud del mismo, diciendo: "Está bien; así lo quiere el pueblo a que yo he consagrado mi vida entera, y lo hago gustoso porque, realmente, servir a la patria cuando se la ama de veras, no es un sacrificio; sobre todo para mí, que no tengo hijos ni ninguna clase de afectos y que necesito amar y servir, y sirviendo a mi patria siento que mi grande amor por ella se hace aún más inmenso".

Esta no fue una escena curiosa, pero sí conmovedora. Aquel grupo de elementos de selección de todas las esferas sociales que llegara a impetrar del general Ubico la aceptación de un tercer período presidencial que completará diez y ocho años de gobierno patriarcal, lloró como una sola persona, enternecida por tanto sacrificio y tanta abnegación, sólo comparables a los de quienes por herencia indeclinable por razones de Estado, han recibido de por vida la dirección de un reino.

¡Y el llanto era sincero!

Pero si la escena no fue curiosa y sí conmovedora, dió también ocasión a que el general Ubico incurriera en contradicciones consigo mismo, que él no pudo ni quiso reprochar al pueblo, para hacer más palpable su altruismo y espíritu de sacrificio. Sólo un egoísta habría podido razonar para excusarse ante el pueblo exigente, de esta manera: "¿Pero, cómo queréis que acepte una vez más ofrecerme en holocausto a la patria, si muchas y grandes pruebas os he dado ya de cuanto la amo? ¿Es por ventura, que no veis el progreso que ha hecho el tiempo y que yo he impulsado, y os parecen pocos doce años de mi vida, esclavizado al servicio de la Nación?" Pero él no lo hizo así. Pudo realmente oponer excusas válidas, y acaso habría triunfado la justicia de su causa sobre aquel pueblo desconsiderado. Pudo decir también, que estaba bueno que se le pidiera su sacrificio personal, pero no el de sus ideas y convicciones.

"Yo puedo morir al servicio de mi pueblo", pudo decir; "pero no tengo derecho a sacrificar mis ideas, porque las ideas no deben morir, ni mueren: ¿o es que habéis olvidado ya que me entregué al servicio de la patria, para hacer viable el ideal de la no reelección, y que mi programa político, el programa del brillante y glorioso Partido Liberal Progresista, consagra en primer término como ideal permanente por el que lucharía con denuedo hasta su implantamiento, la abolición de la pena de muerte y la no reelección?". Y todavía pudo finalizar su discurso, que habría sido ardiente y sentido como todos los suyos, con estas palabras: "Pueblo amado! sois cruel conmigo. Me exigís no sólo el sacrificio de mi persona, sino también el de mis ideales y convicciones que, realmente, no me pertenecen, y que yo no tengo derecho alguno a darles muerte en mí mismo, porque no son patrimonio particular: son herencia de todos nuestros antepasados, acervo común de toda la Nación".

Con todo, se ha obligado al general Ubico al sacrificio total: su bienestar personal, sus ideales y esperanzas de redención nacional. "Habría sido indigno de mí negarme en esta ocasión", ha dicho, y se alista ya para completar los diez y ocho años de sacrificio que le impone el pueblo. Arderá en sus patrióticos empeños, como lámpara viva, que iluminará con su luz la senda de la felicidad nacional, hasta amorosamente consumirse en la nada; todo, porque no quiso excusarse con pretextos egoístas que no caben en un corazón como el suyo; todo, por su "amoroso apego a sacrificarse por la patria".

L. ALBERTO PAZ Y PAZ

San José, Costa Rica, julio de 1941.

Testimonios

Cogemos de una carta de Nueva York, de 1º de julio de 1941, y de nuestro amigo y colaborador Don José Pijoán, estos renglones oportunos:

Qdo. D. Joaquín:

Gracias por haber publicado aquella carta (v. el Rep. Amer. *Nº 9 del tomo en curso). Envíeme más números si puede, quisiera repartir algunos.*

Quedó mucho por decir y no sé si quedó bien claro que mi idea es que el entreacto entre dos regímenes siempre ha sido y será el tirano — el déspota. Los griegos distinguían entre basileios y tirannos. Quien tiene la culpa del nazismo, fascismo, etc., es la intelectualidad perezosa y cobarde de proponer y ensayar algo mejor.

Lo felicito pero con toda el alma por publicar Mi mujer y mi monte *(v. los Nos. 3, 4 y 5 del tomo en curso del* Rep. Amer.*). Es como el María Chapdelaine de los trópicos. ¡Y este maravilloso cuento de Cañas! (v. el* Rep. Amer. *Nº 9 del tomo en curso). Tales cosas son literatura americana y no versitos de pacotilla sentimental.*

P.

—o—

El verbo "inmiscuir" es regular

Coronado, 6 de Julio de 1941

Señor don Otilio Ulate
San José

Mi muy querido amigo:

Leo en el Diario de Costa Rica *de hoy que uno de los señores secretarios de estado se opone a que su nombre se inmiscuya en la política.*

Cuánto mejor habría sido poner inmiscue, tal como se debe decir en castellano, ya que el verbo transitivo inmiscuir es regular contra lo que cree el 99 por ciento de nuestros conciudadanos.

Como este error de lenguaje es tan general en Costa Rica, ¿no cree usted que valdría la pena de corregirlo alguna vez públicamente?

Siempre suyo afmo.

R. FERNÁNDEZ GUARDIA

(*Diario de Costa Rica*, 8, VII, 41.)

*

Alajuela, 10 de julio de 1941.

Señor Director de
Diario de Costa Rica,
Don Otilio Ulate,
San José.

Estimado Otilio:

Un día de éstos leí la misiva del muy respetable e ilustre don Ricardo Fernández Guardia, en relación con el verbo inmiscuir, *regular, como él y la generalidad de los gramáticos lo afirman. Pero sucede que la señora Rutina —seductora y poderosa como ella sola— lo tiene ya en sus redes conjugándolo como irregular. Si decimos: atribuyo, concluyo, construyo, instruyo, sustituyo, etc., etc., resulta disonante la correcta flexión:* inmiscuo. *¡Culpa de la mentada señora!*

Por otra parte, como los eminentes Bello y Cuervo enseñan que son irregulares los verbos en uir, sin hacer ninguna salvedad, puede que eso haga menos pecaminoso el error de lenguaje apuntado. Sé que la "única excepción" indicada por la mayoría de los técnicos de la lengua en cuanto a los verbos irregulares en uir, es el regular inmiscuir. *Y será difícil su regularización: ¡prevalecerá la mayoría, triunfará la democracia gramatical!*

No te extrañe que se inmiscua (para decirlo bien) en estos asuntos lingüísticos que tanto le agradan, tu muy afecto amigo y servidor,

LEÓN VARGAS

(*Diario de Costa Rica*, 25-VII-41).

El honor y el deber

(En el *Rep. Amer.*)

El honor es un sentimiento de dignidad que lo lleva a uno a cumplir sus obligaciones, al ejercicio de una vida virtuosa. Pertenece a los conceptos fundamentales de la Moral, y por lo tanto, el radio mental que lo abraza, es de carácter subjetivo; tiene su campo en las más altas esferas del pensamiento o la sensibilidad consciente. Lo que sobre el honor se diga, es cuestión de criterio, formado a través de juicios *a priori*, esto es, de *sí porque sí*, o merced a las ideas que nos proporcionó el medio y la educación.

Por las razones antedichas es que coinciden grupos de hombres, repartidos en escuelas filosóficas, clases sociales o sectores de específicas actividades: De cierto que la elasticidad doctrinaria o el margen de su manifestación no se da por cánones antojadizos, ni por espíritus faltos de vergüenza. Cuanto piense del honor un moralista, cuyo objetivo va enfilado a dirigir de preferencia las relaciones de la particularidad y de la sociedad civil, no es lo mismo que aquello considerado como tal por el comerciante, cuyo criterio vive absorto en las operaciones del tanto por ciento, y mientras, su función intelectiva sólo ve la ganancia en cada venta o paso de la vida. Tampoco piensa igual a ninguno de los dos tipos anteriores, el político, cuyo único Norte es la razón de Estado.

Excluyo de la clasificación anterior, a los especímenes despreocupados, sin principios definidos, ni más norma de vida que acogerse al mejor arrimo material, cual brutos en deficiencia de momentos o trances de espiritualidad. Nunca se inculpa a la bestia, porque la ofensa consiste en la dañada intención, antes que en el acto mismo; por ello en las manadas o recuas, los pleitos por alimentación o sean los derivados de sus intereses económicos, duran instantes; y no se ha visto que se hiera la susceptibilidad de ninguno a quien le descerrajen un par de golpes en el pecho.

El honor para un comerciante consiste de manera capital en el pago de los créditos; fuera de esto, el individuo puede ser desleal, vicioso, indigno, mal hijo, peor marido y pésimo padre; la mujer, deshonesta, intrigante, perversa; pero para él siempre serán personas honorables, con tal de que cubran en el establecimiento comercial, los compromisos contraídos.

Para la política, la moral difiere: será correcto aquello que tienda a conservar la vida del Estado, no importa si para el logro de la finalidad se recurre a expedientes reprobados: todo el tiempo habrá razones de fundamento o medios para sincerar sus procedimientos y designios, a fin de que la opinión pública desconozca el verdadero resorte de los hechos.

Punto indiscutible es que los contratos deben cumplirse, pues, se hacen para ser observados; pero si desgraciadamente se inspiran en el abuso de la fuerza, tienen espíritu leonino o cambian por completo las condiciones en que se firmaron, es indudable que una de las partes se encontrará en circunstancias que la imposibiliten para dar el debido cumplimiento. ¿Qué se impone en semejantes horas? Pues, que quien exige, dé la oportunidad para que se perfeccionen; sin embargo, el criterio del fuerte se anubla, y con maliciosa satisfacción aprovecha ese momento para hacer efectivo su poderío, y salir airoso, aun cuando pase sobre la ruina de nobilísimos propósitos.

Se comenta como simple paradoja la frase: "El derecho de la fuerza"; pero es que en realidad, la fuerza, iniciada siempre con actos de violencia, no puede sostenerse largo tiempo a menos de recurrir al expediente del "derecho" para que nazca *ipso facto* un "deber" de respetar sus decisiones. Es así como después de una imposición se buscan subterfugios para darle carácter de legalidad, y llevar a la mente de las sociedades civiles, la privilegiada idea del deber u obediencia, actitud ciertamente inválida, salvo que resulte por virtud de acto de la libre voluntad.

No hay en propiedad una obligación, sino cuando es producto de un ejercicio de la libertad consciente; todo cuanto contraría este apotegma, es sometimiento por miedo o por la certidumbre de que no puede uno resistirse. Si el mandato exige actos que están por sobre las capacidades de quien ha de ejecutar, se deviene un estado de injusticia que sólo podrá sostenerse, hasta tanto quien es llamado a cumplirlo, no puede substraerse; de ahí que ha cesado todo sentimiento del deber y del honor.

Se llega a la indefectible conclusión de que un convenio ha de reunir como elementos indispensables, primero, el de ser justo, equitativo; luego, las posibilidades materiales de quien ha de retribuir, pues, de lo contrario, desaparecen las condiciones sustantivas del contrato. Todo lo que se haga por parte del poderoso, no será más que una extorsión; todo cuanto se ejecute de parte del débil para cumplir, no es más que el resultado de la incapacidad para defenderse o simple lirismo, sacrificio infructuoso desde el punto de vista de la moralidad!

HECTOR MEDINA PLANAS.

San José, Costa Rica, julio de 1941.

El Político

(En el *Rep. Amer.*)

II

Los principios imparten orientación al hombre y al estadista. Mas el político rehusa la orientación; porque con ella se liga a una vía de rectitud que puede no llevarle a su objetivo.

El estadista se abre de antemano las vías. El político se abalanza a salto de mata hacia su fin. Gusta de los vericuetos; no de los caminos, porque por éstos transitan gentes que lo ven y que le reclaman. La verdad y la mentira, para él, son medios igualmente buenos. Echa mano de la una o de la otra de acuerdo con las ocasiones, o con las personas.

Para el político, el honor es lo que las grandes astas son para los ciervos: impedimenta para llegar con celeridad al otro lado del bosque. Por tanto, el político presuroso suele dejar en casa la guarda de su honra, para no llevarla consigo. Sábenlo los realistas, quienes no dan crédito a promesas de político, cuya sustancia es la misma que la de los fuegos fatuos. Tales promesas corren a la jineta en las colas de los venados.

Abominan de los programas de gobierno, porque promulgarlos es entregar por los cuernos los venados de sus promesas. Prefieren erigirse en hombres-programas, por obra de los aduladores sin principios, a quienes también estorban la rectitud y la verdad. "Su vida es su programa", aseguran los tales aduladores; y son vidas vacías de grandeza, de nobles acciones con resonancia nacional. Se les escudriña, y se descubre que nada han hecho por su pueblo, que no se sabe lo que piensan acerca de los grandes problemas humanos, ni qué recursos intelectuales pondrán en juego para contribuír a la cultura, a la civilización, al bienestar material y espiritual de la nación que ambicionan gobernar. Nadie sabe hacia dónde va, porque él mismo lo ignora. Y a vuelta de una campaña, la nación ya ve ricos a los que pobres eran. Y los aplaude hacendistas, sociólogos, administradores eximios. Es todo un palacio de nácar salido de la sustancia misma de los moluscos de la adulación que se refugia en la prensa.

El político no es cuadrado ni cilíndrico. Es amorfo, plástico, dócil a la ley de adaptación; para él, suprema ley. La sumisión del paniaguado hace del amorfo un caudillo. Y su tragedia consiste en llegar a adorar al ídolo que de sí mismo ha forjado la adulación en sus hornos. Y cuando el rendimiento del paniaguado concluye, comienza para el político la revelación de que la tragedia era la farsa, de que el ídolo era menospreciado fetiche, de que no gobernó para su pueblo, sino para la permanente oligarquía que realmente gobierna y aprovecha, escondida tras el dosel del trono.

Para el político, los valores eternos apenas sirven para decorar el final de un discurso, o la cláusula inicial de un manifiesto. En la vida real que él conoce, cabe desfigurar del todo la verdad. Porque las suyas deben ser verdades dinámicas para que puedan llevar a las masas a la acción. Luego todo cuanto puede procurar esa acción es una verdad. El partidario que de esto se olvida y afirma una legítima verdad desfavorable a la causa del político, es traidor a ella.

Lo que el político llama su causa es su ascensión al poder, o su conservación en él. Pues que no hay programa, no puede haber otra causa. Y causa que exija la aplicación de trascendentales principios de filosofía social no es para el político, sino para el estadista.

El político se apodera de la teoría que hoy le sirve, para desecharla mañana, si le estorba. Sus contradicciones no lo embarazan, porque siempre tienen una fácil explicación: no hay dos situaciones idénticas, y en ésta que es gemela de aquella, habrá, por lo menos, la diferencia de tiempo y de personas. Si no se puede hacer la defensa de la especie, se defiende el género; y si éste es indefensible, entonces se defiende la especie. Porque el bien amañado político siempre está en lo cierto; siempre hizo armas por la buena causa. Para él es vergüenza confesar un error de juicio, tanto como si fuese por maldad de corazón. Por otra parte, si aseverando un error se alcanza un éxito político, éste transforma el error en verdad útil. Sin éxito, ni la verdad ni el error,—que para el político desempeñan la misma función—poseen interés alguno.

En la psiquis del político no hay un rincón para la verdad, ni para la consecuencia, ni para la gratitud, ni para el reconocimiento del mérito real de los hombres. Es consecuente y agradece y reconoce méritos si ello todavía le conviene.

De ovación en ovación se festeja a las medianías, porque en ellas no se trata de honrar virtudes, proezas o talentos puestos al servicio del pueblo o del Estado. Arde en las muchedumbres el afán de hacer ídolos, para proporcionarse el deleite de arrastrarlos por el fango, cuando ya han perdido el poder o se han cansado de ellos.

Desgraciadamente, las muchedumbres han aprendido a olvidar.

Los últimos libros:

André Simone: *J'accuse!* Los hombres que traicionaron a Francia. Traducción de David Perry.

Luis Enrique Délano: *Viejos relatos.* En la *Biblioteca Americana* que dirige Armando Bazán.

Efraim Szmulewicz: *Un niño nació judío.* Novela. Con un prólogo de Ciro Alegría.

Oscar Miró Quesada (Racso): *La relatividad y los quanta.*

Oscar Castro Z.: *Huellas en la tierra.* (Cuentos).

III

Habla y escribe bien el político; o no sabe hablar ni escribir. Pero en ambos casos gusta de la hojarasca que no le comprometa con la promesa del fruto. Parece que ya va a decir su palabra eficaz, mas no la dice. Si polemiza, sus argumentos son *ad personam,* o recurre a las lejanas analogías, para demostrar que no está solo en su situación, por lo tanto fué defendible, legítima; por tanto, justa y honorable.

La moral y sus principios políticos, sociales y económicos, guardados están, como los uniformes de gala, para los días de la airada oposición. Sin escrúpulos para hacer mañana, él mismo, lo que hoy, desde su Sinaí, condena.

La escala con que el político ambiciona arribar al poder está hecha de virtud y de vicio, de mentira y de honor ajeno, de vergüenza y de impudor, de adulación y de calumnia, de generosidad y de avaricia, de documentos fidedignos y de interpretaciones falaces. El conculcador de la cumbre vuélvese víctima propiciatoria en la llanura.

Su voluntad de apariencia es tan grande como su voluntad de poder. Si es funcionario, los subordinados hacen la obra, desempeñan la función: el político recoge los aplausos. Se sirve de los hombres de letras, o de ciencias, para sus discursos, sus defensas, sus proyectos de ley, para sus mensajes y proclamas y memorias; pero en la íntima realidad de su vida los desdeña y les paga con piltrafas. "Dales—decía alguien—lo bastante para que no mueran de hambre; pero no tanto que puedan volverte la espalda."

Los más de estos políticos son criaturas del periodista. Pero cuando suben a palacio, ¡ay del periodista! si no ha logrado labrarse una fortunita o un renombre, porque entonces apenas alcanza a ser alfombra para el político. Sobre todo, si no se hace temer.

R. Brenes Mesén

Errata. *Sírvase releer, en la parte primera de este ensayo, número anterior, el penúltimo párrafo, al principio, y corrija:*

Sabe el Político que el hambre hace... etc., etc.

Con los Místeres norteños

(En el *Rep. Amer.*)

Cuantas veces hemos tenido la ocasión de oír expresarse a un *Míster* en lo relativo a Puerto Rico y a otras naciones de América, inmediatamente se descorre el velo en el Escenario Americano, y se nos presenta a la vista el Imperialismo Yanki, con el disfraz y máscara de la Democracia hipócrita.

Consideremos las exposiciones y los casos, tomemos los hechos como ejemplos, y veremos la verdad de lo antes dicho.

Ha tiempo dijo un *Míster,* en la época en que todavía el Almirante Mr. Leahy no había sido nombrado Embajador en Francia: "Leahy no está calificado para gobernador civil". "El no es el tipo *constructor de imperio* que nosotros necesitamos en Puerto Rico".

Mr. Leahy indicó a Mr. Roosevelt, que la Estadidad no debía considerarse para Puerto Rico y Míster Ickes cree que no estamos preparados todavía, luego de cuarentitrés años como si fuesen cuarentitrés días.

Otro Míster, no obstante el hecho de ser Cuba una República Independiente desde el 1902, presentó un proyecto para anexarse a ese país, con lo cual los cubanos hubieran perdido su Libertad política; gracias a Dios, a la dignidad y al patriotismo de los compatriotas de Martí, se frustró ese atentado contra la Independencia de los cubanos.

Un nuevo Míster, ha manifestado que ellos miran la palabra "americano", como indicativa de la ciudadanía de no solamente una nación en particular, sinó que la ciudadanía de todo el hemisferio.

Yo digo que una cosa es ser ciudadano de los Estados Unidos de Norte América, y otra cosa es ser ciudadano de América.

Suma y sigue. Otro Míster presenta un proyecto para adquirir las posesiones francesas en América, y otros Místeres más, parece que tienen idénticas intenciones, o mejor dicho, idénticas pretensiones.

Hace poco dijo otro Míster, que la Administración no tenía deseos de alentar a los nacionalistas, pero en cambio alientan a los nacionalistas de otras partes, y hasta les ofrecen armas para que peleen por su Independencia.

En este hemisferio de la Democracia, es delito con pena de muerte o prisión, el que los seguidores de Betances y De Diego, y emulando al sincero patriotismo del Libertador Simón Bolívar, nos demos como ellos, a la tarea de libertar a Puerto Rico para constituirlo en República independiente.

Nosotros, los que no pedimos nada a los detentores de nuestra soberanía, tenemos que manifestar que no necesitamos que nos aliente la administración de Washington, porque en la lucha por nuestra libertad política, nos alienta la *voluntad de ser libres* y nos alienta el *Supremo Hacedor,* que no creó Imperios ni Colonias.

Y a los Místeres de Puerto Rico, que argumentan que no podemos ser independientes por nuestra pequeñez territorial, tenemos que decirles que den una ojeada a la geografía, para si es que acaso lo ignoran, vean y sepan que El Salvador es una República, y su territorio es igual al nuestro.

Tampoco ese argumento tiene fuerza de razón, si consideramos lo manifestado por grandes autoridades, que Puerto Rico está preparado para defenderse y defender a todo el Continente Americano.

Nosotros pensamos como De Diego cuando escribió *Aleluyas*: "Perdonad caballeros al cielo y a la tierra, que hayan hecho estas islas mucho antes de la guerra. Perdonad que estuviésemos tantos hombres nacidos, sin que en ello mediaran los Estados Unidos. Nacidos en América sin que mediarais vos, por un atrevimiento de la bondad de Dios."

Y volviendo atrás, referente a lo del Imperialismo Yanki, ya sabemos de la invasión y ocupación de la República Dominicana por las fuerzas armadas de los Estados Unidos, y sabemos que el gran poeta dominicano Fabio Fiallo, fué forzado por los invasores, a barrer las calles de Santo Domingo vistiendo el traje de presidiarios criminales, por tener el valor de repudiar la invasión de su Patria.

Ya todo el mundo sabe de la ocupación de Nicaragua, y de la persecución y muerte del patriota SANDINO. Ya sabemos que a Méjico, Haití, y Panamá, los rubios norteños le enfilaron sus cañones.

Bastante experiencia tenemos ya los boricuas, con cuarentitrés amargos años de explotación, coloniaje y esclavitud política, impuéstanos por los señores de la Buena Vecindad.

¿Y es acaso un *proceder democrático,* el que los Estados Unidos se opongan a una Unión de Naciones del Caribe? No... Al mejor entender de personas honradas, ese es un gesto imperialista y dictatorial.

Ojalá, que el panamericanismo y otras tantas entelequias de los Místeres norteños, no sean procedimientos quintacolumnistas para agarrar a los pueblos Latino-americanos, y que la carretera panamericana no sea el camino fácil para una *blietzkrieg* de los ejércitos del Tío.

A nosotros eso no nos sorprendería, porque ya anteriormente, el Aguila Imperial nos enseñó sus afiladas garras y su torvo pico. Además, Vargas Vila nos hizo conocer muchas cosas, por medio de su libro *El Yanqui, he ahí al enemigo.*

La Verdad, que es una Vírtud en los hombres sinceros y honrados, suele ser amarga para muchos. Los puertorriqueños que tenemos el valor de defender la Independencia de nuestra Patria, podremos ir a la cárcel por decir la verdad, pero llamamos las cosas por su nombre. Al *pan* llamamos *pan,* y al *vino* le llamamos *vino,* y por eso a la *Democracia hipócrita* le llamamos Imperialismo.

Y mientras Puerto Rico sea gobernado por los Estados Unidos, y al Pueblo Puertorriqueño le sean usurpados sus derechos, entre ellos su soberanía, y su Independencia Nacional, habrá razón para creer que el gobierno de los Estados Unidos es un gobierno Imperialista.

JULIO DE SANTIAGO,
Vicepresidente en funciones de Presidente Interino. *Partido Nacionalista de Puerto Rico.*
Río Piedras, Puerto Rico.

Buscando orientaciones

Demócratas y totalitarios en el interior de Centro América

(Envío del autor.— De Novedades. Managua. 15. julio. 1941).

Por ideología, el chamorrismo es el enemigo natural de las instituciones democráticas de que tanto se enorgullece el pueblo estadounidense, y sin embargo ha aparecido como el aliado de los gobiernos de Casa Blanca. Todo se explica fácilmente tomando en cuenta que el feudalismo banquerista, no representa las fuerzas democráticas de los Estados Unidos sino, por el contrario, las fuerzas antagónicas que desean dominar para siempre al gran pueblo norteño. El clero (nicaragüense) que ha querido estar a las maduras del chamorrismo yanquista, no quiere estar a las duras de la propaganda evangelista y anti-católica que procede de los Estados Unidos y a la cual por lógica consecuencia se ve obligado a proteger el ministro estadounidense.

Al sufrir la más ligera derrota el pueblo estadounidense, no tendría enemigos más implacables que los chamorristas de Nicaragua y sus similares de los países ibero-americanos.

(Alrededor del problema unionista, tomo I, página 196).

En conferencia que dicté el 23 de junio de 1927—hace catorce años—en la Universidad Popular de San José de Costa Rica, predije la guerra que hoy incendia a tres continentes y que pronto incendiará a los otros dos.

Me equivoqué en cuanto al factor que provocaría la hecatombe, porque entonces pensaba yo que sería el imperialismo feudalo-banquerista de Washington y de Nueva York que, con Coolidge y Kellog, izaba la bandera negra de la piratería internacional, siendo Nicaragua su víctima propiciatoria.

Preví en esa conferencia la reacción anti-imperialista del pueblo estadounidense, pero no la creí tan próxima y tan poderosa como resultó en 1933 con la derrota de Hoover y el triunfo de Roosevelt.

Tampoco preví la recaída de Alemania en el imperialismo de los junkers; pero hice la vivisección de Mussolini, que ha resultado exacta a los catorce años de fecha.

Fuera de aquellos dos errores las predicciones de la citada conferencia han sido confirmadas hasta hoy en las etapas que lleva recorridas la guerra, desde el 3 de septiembre de 1939.

Ahora que la guerra viene aproximándose a nuestra patria digamos algo, aunque sea poco, acerca de totalitarios y demócratas en el interior de ella.

Como tesis general, cabe sostener que todos los unionistas somos ardientes y decididos demócratas, simpatizadores de Roosevelt, de Churchill, de Chiang-Kai-Shek, de Polonia, de Grecia, de Albania, de Holanda, de Bélgica, de Checoeslovaquia, etc., etc.; y que todos los separatistas, excepción hecha de algunos de Costa Rica, se alinean en las filas totalitarias, endiosando a Hitler y a Mussolini, y con ellos, a la fuerza bruta de los ejércitos dictatoriales.

En Costa Rica, por curiosa excepción, hay separatistas que simpatizan con la democracia, y por ende, con Roosevelt, Churchill y Chiang-Kai-Shek.

Esa excepción confirma la regla:

En el epígrafe de este artículo, reproducido de un libro escrito en 1924, cuando en los Estados Unidos dominaba el imperialismo y cuando luchábamos en Nicaragua contra su feudatario el chamorrismo—se perfila la enemiga de ambos contra la democracia, y se predice que al sufrir la más pequeña derrota el pueblo estadounidense no tendría enemigos más implacables que el chamorrismo de Nicaragua y sus similares de este Continente.

Confirmando esa predicción, nótese cómo los reaccionarios nicaragüenses, que forman el núcleo vital del chamorrismo, ven a Hitler y a Mussolini como a los superhombres encargados de reducir a la esclavitud a las manadas humanas para honra y provecho de una casta privilegiada, en la que ellos, los reaccionarios —a pesar de su mestizaje o de su franca procedencia cobriza o africana—se creen incluídos.

Hoy sostienen la más activa y astuta propaganda oculta a favor de los totalitarios; mañana que Panamá se halle en peligro y que el Golfo de Fonseca, el de Nicoya y el Dulce sean amenazados, serán los mejores quintacolumnistas junto con los separatistas de los otros cuatro Estados.

Pero se hallarán vigilados y combatidos por un enemigo de quien ahora se burlan, y que los reducirá a la impotencia, sumiéndolos además en la ignominia.

Ese enemigo será el unionismo, cuya hora habrá llegado.

El unionismo, que sumándose a la causa de la democracia correrá sin vacilar la suerte de Estados Unidos, de Inglaterra y de China para contribuir a la liberación de la humanidad y para establecer en el Centro de las Américas y del mundo "una república verdadera, de ancha base democrática, de justa organización social, de vibrante idealismo humano".

SALVADOR MENDIETA

La timidez de Rubén Darío

(Envío del autor.—De La Nación. Santiago de Chile. 22-VI-41).

Al escribir el nombre de Rubén Darío, evoco veinte años de amistad y un paréntesis de batalla.

El paréntesis de batalla fué originado por el prólogo que escribí para el libro *Trompetas de órgano* de Salvador Rueda. Nada dije contra el gran poeta nicaragüense, por el cual tuve en todo momento la más franca admiración. Pero Darío, que algunos años antes había prologado, a su vez, mis *Crónicas del Bulevar*, se sintió lastimado, más que por el aplauso al cantor de Sevilla, por el gesto rebelde y personal del ex-discípulo que empezaba a andar con fuerzas propias. Tal fué el origen de un inofensivo tiroteo de ironías en el *Heraldo de Madrid*.

No tardamos en reconciliarnos. Una mañana me sorprendió el escritor dominicano Pérez Alfonseca con una esquela concebida en estos términos: "Estimado amigo: Darío quiere verle lo más pronto que a usted le sea posible dejarse ver. El quisiera que usted viniera a casa de él esta misma tarde; es cosa urgente. Si a usted le es fácil, mándeme otro "petit bleu" cuando reciba éste, diciéndome a qué hora viene usted. Cordialmente". No pudiendo salir ese día, contesté que les esperaba en mi domicilio. Y fué Darío el que insistió: "Querido amigo: Enfermo desde hace días, no puedo ir a verlo. Creo que dentro de dos o tres días podremos encontrarnos, suplicándole sea en mi casa. Su intelectualidad y su amistad, que sé muy verdadera, me excusarán. Muy suyo". Hasta que el componedor benévolo se decidió a preparar un encuentro "casual" una tarde en el Jardín del Luxemburgo, donde nos abrazamos otra vez, sonriendo uno y otro interiormente ante el fermento de comicidad que suelen encerrar las susceptibilidades literarias.

Traigo a colación el episodio para decir que conocí a Rubén como maestro, como amigo, como adversario, en todas las facetas y en todos los Estados de espíritu, y para declarar también que siempre fué bueno, generoso, cristalino, como su poesía de los mejores momentos.

El eje de su carácter era la timidez. Una timidez hecha—como la timidez de todos los hombres inteligentes—de un miedo atroz al ridículo, de la excesiva importancia otorgada a lo que podían decir o pensar los demás, del desdoblamiento de su ser en múltiples personalidades que le llevaba a presentir el pensamiento no expresado de los interlocutores, de una red complicadísima de bifurcaciones mentales que daba por resultado un alejamiento total de la realidad.

El primario salvaje se juzga siempre infalible. Pero el intelectual sensitivo, aunque esté seguro de su razón, aunque se halle convencido de su superioridad, se siente invariablemente perdido frente a la incomprensión o ante la posible interpretación errónea.

Si Darío empezó a beber, fué esperando adquirir seguridad para la batalla diaria. Los desengaños y las zozobras le llevaron a abusar del expediente y a afianzar una reputación de dipsómano que le amargó después la vida.

Tan enojosa llegó a ser la leyenda y a tan ingenuas interpretaciones se prestó, que en una fiesta ofrecida en París por cierta dama uruguaya, aficionada a la literatura o a los literatos—a decir verdad las opiniones estaban divididas, y no hemos de asumir la responsabilidad de resolver el pleito—, se encontró Darío de pronto frente al inevitable álbum de autógrafos, refugio tradicional de bellezas pretéritas y de inteligencias ilusorias.

—Necesito en esta página su firma—susurró,



(Por *Ochoa*)

desdeñosa, la consentida dueña de casa—, y para que el poeta se inspire, aquí dejo un poquito de cognac...

Darío miró al álbum de tapas de terciopelo, empavesado y cursilón, contempló la dorada curva cristalina de la copa y permaneció inmóvil.

Sólo después de un largo silencio—uno de esos silencios rubenianos, amenizados por crispaciones de cejas y movimientos guturales, como paladeando acíbar—se decidió a trazar, nerviosamente, en garabato, su firma escueta. Después de lo cual, sin probar el líquido, volvió a hundirse en silencio impenetrable, ajeno a lo que ocurría. Y en esa actitud extrahumana de Buda meditabundo permaneció hasta el fin de la reunión.

Al día siguiente decía a sus amigos:

—Sólo encontré la respuesta adecuada cuando estuve en la calle; debí responder: Señora, la copita de cognac la ofrecerá usted a alguien después de la comida; en cuanto a la firma, aquí la pongo antes de irme; y conste que me despido sin rencor...

Pero Darío no tuvo nunca la rapidez mental que exige la réplica oportuna, y ello fué la causa del papel deslucido que le tocó a menudo en suerte en las reuniones numerosas.

Confirma esa timidez otra anécdota que voy a referir.

Caminaba una tarde Darío junto a los murallones del Sena, llevando bajo el brazo dos o tres docenas de cubiertos envueltos en un papel de diario. Los había adquirido a precio vil en una almoneda de suburbio.

—Me arrepiento de haberlos comprado—me dijo en voz velada por la emoción—; no se imagina usted la inquietud que me causa este paquete. Cada vez que veo un agente de policía siento una fuerza misteriosa que me hace apretar el paso. Los cubiertos son míos, los acabo de pagar, puedo probar de donde proceden... Pero si me detienen y me acusan de ladrón, no acertaré a articular una palabra y me veré envuelto en un escándalo... Tan preocupado estoy, que siento tentaciones de arrojar el paquete al río para serenarme...

—Es lo peor que puede usted hacer—repuse—; porque parecería el gesto de un culpable que se desembaraza del fruto del delito. Imaginemos que se deja Ud. llevar por los nervios, que un agente lo sorprende, que rescata el paquete antes de que se hunda en el agua...

Y seguimos haciendo suposiciones.

En París milenario, que cada uno de nosotros creía descubrir, los vendedores de libros viejos, con sus interminables hileras de cajones a orillas del Sena, atraían a todos los intelectuales iberoamericanos, y a poco andar encontramos a Alberto Tena, cuentista argentino, que colaboraba por entonces en *Caras y Caretas*.

—Todo es posible—corroboró, interviniendo en la conversación—; el absurdo es el Dios pagano de la vida. Acabo de escribir una página de imaginación alrededor de un hombre bueno que llega a una ciudad nueva para él y resulta víctima de una casualidad trágica.

El argumento se concreta así: un asesino decide esconder un cadáver en una casa que supone deshabitada, precisamente en la casa donde se ha alojado hace pocas horas el viajero de mi cuento; y al volver éste a altas horas de la noche, al hallarse ante el cuerpo rígido, juzgando que nunca logrará justificarse, pierde la razón.

—No pude dormir hasta que despuntó el alba—confesaba Darío, al cabo de algunos días, cuando nos volvimos a encontrar—; el cuento de Tena es horrendo; nos acecha el peligro a todas horas; puede pasar ahora por esa calle un malhechor perseguido y deslizarme en el bolsillo el collar de perlas que acaba de robar. ¿Cómo probar que no soy cómplice? Un banquero, un comerciante, tienen responsabilidad y defensa social. Pero un escritor, un poeta...

Los miedos pueriles nacían de su situación de soñador, extraviado en un mundo donde la argucia imperaba y donde quedaban sacrificados cuantos cargaban sobre sus hombros el fardo insensato de la sinceridad.

No cabe duda de que Rubén, por descentrado o por enfermizo, cultivaba una vibración exasperada. En él las emociones levantaban resonancias olímpicas. Pero esa es la debilidad y esa es la fuerza de todo escritor verdadero. Sin un amplificador de los movimientos del alma, no hay arte. El arte es siempre exaltación. Reducido a ideas frías, sólo resulta reminescencia oleográfica.

¿Anormalidad? Desde luego. Pero ¿en qué consiste la anormalidad? Lo mismo puede traducirse en diferencia favorable que en diferencia desfavorable, tomando como cartabón el medio. Una anormalidad negativa es el enano, el ciego, el idiota. Una anormalidad positiva es el atleta, el niño prodigio, el calculador que resuelve en un relámpago arduos problemas. La anormalidad no implica inevitablemente disminución. A menudo marca superación. Se puede ser diferente sin ser inferior. La misma creación de un mundo es una anormalidad de los astros.

Darío se sentía, además, disminuido, como todos los del grupo, por la escasa estimación que le concedían los residentes de nuestras repúblicas en Europa. En aquella nueva edad de oro, que fué el principio de este siglo, París vivía en plena orgía de fiestas, homenajes, conmemoraciones y aniversarios iberoamericanos. Dios sabe hasta qué punto se desbordó el Amazonas vanidoso de la raza. No hubo un primario en viaje de exploración que no se pusiera en evidencia con vistas al cable laudatorio destinado a inmortalizarlo en

(Pasa a la pág. 223).

Alturas de América

(En el *Rep. Amer.*)



Luis Llorens Torres ha vuelto a enriquecer la literatura hispanoamericana con un nuevo libro. Se titula *Alturas de América.* Cantos a Bolívar, Sucre, Martí, Ponce de León, Maceo, Luis Muñoz Rivera, Baldorioty de Castro, Franklin D. Roosevelt y otros egregios en la historia americana. Junto a estos inmortales están el café, la caña de azúcar, la mujer portorriqueña, la danza, el seis chorreao, el jíbaro, los ríos, las palmas cocoteras, el flamboyan y el machete, amén de otras frutas y razones americanas que él, este poeta de altura, engrandece.

Hay quien haya cantado a los Andes para con las cimas elevarse. Llorens Torres no se va al Ilimani. Canta a las llanuras, al ras de tierra y los encarama a las alturas de las nubes. Poder de poeta poeta.

Abre su extraordinario libro con *La Canción de las Antillas.* Poema erudito que necesita de las notas al pie para gozarlo en la integridad histórica, geológica, y hasta bíblica. Cupo a un portorriqueño el más alto galardón antillano: el haber cantado a las Antillas como ningún antillano antes y creo que ni después las hayan podido cantar o las puedan cantar. Este poema que fué escrito para el 1913 colocó a Llorens Torres entre los cuatro grandes poetas de América. Los otros tres han muerto: Rubén, Chocano y Lugones. No se parece a ninguno de los tres. Llorens es macizo en su poesía. (Acepta esta frase, cándido lector). Llorens es poeta de enjundia. Esto lo dice su *Canción de las Antillas* y su *Mare Nostrum,* último poema del libro.

No se parece a Chocano, el más dado a cantar como un poeta ciclópeo. Y sí se parece por los versos largos con ritmo interno a Whitman y un tanto a Ercasty. Veamos estos versos:

Somos nobles! La nobleza de los viejos pergaminos señoriales:
que venimos resonando por las curvas de los siglos ancestrales,...

Otros versos del mismo poema *La Canción de las Antillas:*

Somos las Antillas! Hijas de la Antilla fabulosa.
Las Hespéridas amadas por los dioses.
Las Hespérides soñadas por los héroes.
Las Hespérides cantadas por los bardos.
Las amadas y soñadas y cantadas
por los dioses y los héroes y los bardos
de la Roma precristiana y la Grecia mitológica.
Cuando vuelvan las hispánicas legiones
a volar sobre la tierra como águilas;
cuando América sea América, que asombre
con sus urbes y repúblicas;
cuando Hispania sea Hispania, la primera
por la ciencia, por el arte y por la industria;
cuando medio mundo sea
de la fuerte raza iberoamericana,
las Hespérides seremos las Antillas,
¡cumbre y centro de la lengua y de la raza!

Rubén leyó este poema. Su reconocimiento se lo hizo saber en carta que guarda Llorens. Chocano también le escribió sobre el poema. Ambos y de distintos puntos de América, le proclamaron "el poeta más grande de las Antillas". Vayamos más lejos. Olvidemos la cuna chica de flamboyanes de Puerto Rico y digamos no como antillanos, sino como americanos, que eso hoy en día huele a sepultura del siglo pasado, el pensar que este poeta es de aquí o de allá. Llorens Torres es el poeta más grande de América. Se honra Cuba y se honra Bolivia y se honra Ecuador y Costa Rica. Por la lengua que nos trajeron los conquistadores, se honra también España.

Si andan por las repúblicas hermanas catedráticos y compañeros poetas que no conocen a Llorens Torres, que no saben que es un antillano, un portorriqueño, en parte no tienen la culpa. Ya lo he dicho varias veces que Puerto Rico ha sido "el patito feo". Todo lo nuestro bueno, aquello que no es escándalo político embetunado con grasa yanqui lo desconocen nuestros hermanos. ¿Habrá algún pedante que crea que la inteligencia es monopolio de un país solamente? ¡Cuántos como nuestro don Luis no estarán ocultos en La Paz o en Quito!

El desconocimiento de Llorens en algunos sitios de la América no tiene perdón. Llorens no es de ahora. Está en sus adelantados sesenta años y fué poeta prodigio desde que estudiaba en Granada en donde fué aplaudido por su primer libro de versos, *Al Pie de la Alhambra.* Sin embargo, apareció no hace mucho en una revista iberoamericana el bello poema suyo a Bolívar y le llamaron poeta paraguayo. Que no nos lo quiten aunque ha podido haber nacido en el Paraguay y a mucha honra de América. Pero como siempre humanamente medimos a los pueblos por sus hijos egregios, si nos quitan a Llorens, por Dios, nos quedamos con unos contados buenos poetas.

Oigan al poeta portorriqueño cantar a Bolívar:

Político, militar, héroe, orador y poeta.
Y en todo, grande. Como las tierras libertadas por él.
Por él, que no nació hijo de patria alguna,
sino que muchas patrias nacieron hijas dél.

Tenía la valentía del que lleva una espada.
Tenía la cortesía del que lleva una flor.
Y entrando en los salones, arrojaba la espada.
Y entrando en los combates, arrojaba la flor.

Los picos de los Andes no eran más, a sus ojos,
que signos admirativos de sus arrojos.
Fué un soldado poeta. Un poeta soldado.
Y cada pueblo libertado
era una hazaña del poeta y era un poema del soldado.

Y fué crucificado...

Aquí va el que escribió a Martí:

¿Qué no debió morir Martí?...
Os digo, antillanos, que sí.
El sabía que a su muerte el dolor de sus hermanos
los haría más cubanos.
No ignoraba que el suplicio de Jesús
hizo santa la madera de la cruz.
Y saboreaba sus sabios dolores:
sus conscientes dolores redentores.
Máximo en la bondad y en el saber,
no era para el machete; no.
Pero hijo macho del deber,
su deber era morir y murió.

Nos dice Llorens que el mar Caribe tiene una historia, una epopeya más rica que el Mediterráneo. El descubrimiento de América es una de las hazañas más portentosas que haya hecho el hombre. Ha sido el Mar Caribe testigo de empresas extraordinarias. Hoy se busca el acercamiento entre los pueblos besados por el Caribe y hacía falta un canto a ese mar. Vuelve el poeta grande y canta al Mar y a sus pueblos.

Si alguno duda de la vitalidad poética del poeta, quiero que sepa que este poema lo escribió en junio de 1940. Y este poema está al alcance de su poema *La Canción de las Antillas* que escribió hace veinte y siete años. Llorens sigue produciendo y pasan de cinco mil los poemas que ha escrito. Está en todo su vigor. Y así en su vida verde de un eterno don Juan. A mí se me hace un Lope de Vega con todos sus lances amorosos. Pero de

esa parte de su vida lo dejaremos para el afortunado biógrafo suyo. ¿Quién será? Sería una vida paralela a la de Lope. No hace mucho el Ateneo Puertorriqueño le dió un homenaje por este libro y allí, oyendo al poeta recitar (y no hay nadie quien recite mejor sus poemas sino él mismo) estaban las *pollitas* de sus tiempos, mujeres que fueron musas suyas para el 1900 y las que hoy son sus nuevas musas, universitarias de diez y seis años que le adoran. Hay quien para ganarse el aprecio de un chica universitaria se haga un impostor y diga "Yo soy Llorens Torres" y la chica admirada acepta un paseo en coche. Pero repito que no me ocuparé del poeta enamorado que a diario le sale una aventura.

Trascribo aquí fragmentos del poema *Mare Nostrum*. Poema muy suyo en rima y ritmo. No se parece a nadie. No podemos buscarle parecido con ningún otro poeta de la lengua castellana. No podrá ser imitado tampoco. Se tendría que tener la psiquis de Llorens para escribir como él. Ahí su grandeza excepcional. Poeta grande. Poeta. Poeta con sus matices personalísimos. Inmenso. Glorioso.

MARE NOSTRUM

Mar Caribe.
Mare Nostrum.
Nuestro mar de nuestra América:
el geológico mordisco que nos dió el Océano Atlántico;
semicírculo de agua que en América se adentra y casi casi parte en dos al continente;
lengua atlante que alongándose al oeste más allá de las Antillas forma el golfo azul de Méjico,
y se estira más abajo hasta la herida de la cuenca en Panamá desvirginada.
Mare Nostrum.
Mar que duermes con América,
la acostada estatua inmensa de mujer,
y la ciñes,
y la arrullas en la espalda mejicana,
y le besas en el istmo la cintura,
y en las costas de Colombia y Venezuela le acaricias la amplia nalga que se comba hacia el Atlante desde el zarco cinturón de Panamá.
. . . .
Mar que incubas las nidadas donde nacen los ciclones,
tus ciclones tropicales,
de que huyen espantados los aviones y los barcos y las águilas marinas;
tus ciclones que a las urbes estremecen,
y a las ceibas centenarias las arrancan,
y a las rocas las derrumban de sus cumbres,
y a los ríos los levantan de sus cauces;
tus ciclones que te atruenan
en tu oleaje y en tus playas,
cual si a un tiempo tus millares y millares de marinos caracoles resonasen,
resoplados por millares y millares de tus peces
en guazávara infernal...
. . . .
Mar que guardas las cenizas más gloriosas de la historia,
porque fué sobre ondas tuyas que se alzó la llamarada,
la incensante llamarada,
que aromó el espacio todo y alumbró la tierra toda,
cuando audaz Hernán Cortés realizó la nunca antes ni después vista ni oída arrangancia de mandar quemar las naves, bajo el trágico dilema de morir o conquistar.
Mar de playas encendidas de aventuras y heroísmos:
playas tuyas de Colombia y Venezuela que ayer vieron desbocarse hacia los Andes y los Llanos al caballo galopante de Bolívar que aun galopa en el escudo de su pueblo hacia la cumbre que le tiene reservada el porvenir.
. . . .
Mare nostrum, mar que arengas,
con versículos encintos de futuro,
a tus islas
y a las tierras que amorosas te circundan;
y les dices:

¡Apretaos, pueblos míos ribereños,
en la próvida comuna de mis aguas;
sed en mí todos en uno;
id los unos a los otros,
en el óbolo del agro y en el óbolo fabril,
por los múltiples caminos de mi pampa de cristal;
y aprended la misma ciencia;
y cread el mismo arte;
y amasad el mismo grano;
y comed la misma sal;
y bebed la misma agua:
que mi cántaro es por leyes inmutables
vuestro cántaro inmortal!

Mar que aun sientes el dolor del coloniaje,
y colérico echas ajos de relámpagos y truenos,
cuando izadas en algunas de tus islas
vez exóticas banderas pregonando
que aun no eres nuestro mar.
Pero lo eres.
Nuestro, nuestro,
desde el cráter adormido en Martinica
a la cripta en Nicaragua donde duerme el ruiseñor;
nuestro, nuestro,
en el lujo de tus noches estrelladas,
en las fuerzas de tu lluvia y tu ciclón,
en el sol que te calienta,
y en la hondura de tus aguas donde manda tu pez rey el tiburón;
y lo eres, en los cables invisibles de tu trópico de Cáncer, con que amarras, de la andina cordillera, la tendida y ancha y larga cola azul de tu mantón.
Y eres nuestro, Mare Nostrum:
porque, a todos nuestros pueblos,
para que oren por su paz y por su unión,
les ofreces el rosario de tus islas,
de que vuela en letanías la oración,
la oración que a Dios le reza el Nuevo Mundo,
prosternado ante la tumba de Colón.

Poema-heraldo comparado por sus voces de almuédano andino a la *Salutación del Optimista* de Rubén Darío.

Llorens tiene el gran valor de ser cantor de lo autóctono. Canta, como dije antes, al café, a los montes y ríos de Puerto Rico, a la campesina y al bohío. ¡Y qué bien lo hace! Poeta regional. Su verso es el canto de un gallo en amaneceres. Saboreen este:

MARIYANDAS DE MI GALLO

Amanecer

Guíñale al sol la cabaña.
El río es brazo que se pierde
por entre la manga verde
que cuelga de la montaña.
El yerbazal se desbaña.
La luz babea la colina.
Y más que el veloz caballo,
hiere la paz campesina
la puñalada honda y fina
del cantío de mi gallo.

Medianoche

A la orilla del camino
que en la sierra se encarama
mi gallo duerme en la rama
de viejo laurel sabino.
Le corre ardor masculino
desde el pico hasta la hiel.
Y en la rama de laurel,
la luna que lo ilumina
es como blanca gallina
que abre un ala sobre él.

Mediodía

Mi gallo ama el bosque umbrío
de la verde cordillera
y la caricia casera
de la hamaca en el bohío.
Cuando lanza su cantío,
es por su tierra y su amada.
Galán de capa y espada,
es el donjuán de la fronda,
que bajo la fronda, ronda
con su capa colorada.

Desafío

Gallo que los tiene azules,
es el que los sueños míos
ensueñan en desafíos
que el campo tiñan de gules.
Que su plumaje de tules
la lid desfleque y desfibre.
Y que cuando cante y vibre,
al lanzarse a la pelea,
su canto de plata sea:
¡viva Puerto Rico libre!

Ahonda en la metafísica y nos da poemas de su laboratorio filosófico. Pronto aparecerá su obra *Poemas de la Razón Pura*.

Llorens tiene una cultura vastísima. Amalgama dorada: inteligencia y cultura. Conocimiento del latín, del griego y varios otros idiomas. Inquieto siempre por que llegue a sus manos el último libro.

Dos palabras sobre el "ser" Llorens. Todo nobleza. Corazón grande y generoso que no le cabe en su pecho. Amigo leal. Grande, inmenso, sin visos de envidia. Aplaude al poeta compañero que merece su aplauso. Intransigente con la poesía. Orgulloso de ser poeta y celoso de sus poemas. Puerto Rico le adora. Yo que le he acompañado por meses a vender su libro por la isla, he visto cómo se abren los corazones para recibirle en el bohío o en la mansión del millonario.

Este poema suyo dice lo que es: *Del Libro Borrador.*

Lo que soy, si soy algo, a todos se lo debo
y es debe de una cuenta que nadie me la cobra.
En cambio, al pueblo todo le he dado y doy mi obra,
que hasta más allá arriba del cafetal la llevo.

El pueblo es el gran río donde mi arte abrevo
y mis andanzas urdo y mi bajel maniobra.

Y de vino y de hembras, jamás nada me sobra,
que a las hembras las amo y el vino me lo bebo.

Embriágame la copa del sol en la isla mía,
y a templar los ardores que deja en mi garganta,
me bebo los arroyos en hojas de yautía.

Mi deuda, si es que debo, no sé si es tanta o cuanta,
porque el ave que arrulla en mi azul pulpería
nunca le ha puesto precio a los cantos que canta.

Hoy se ocupan de él en los Estados Unidos. Hay estudiantes que han tomado sus poemas para escribir su tesis del doctorado en filosofía. Yo, que quiero que lo conozcan bien por la América nuestra, he distribuído más de cien ejemplares de este libro entre mis amigos catedráticos y escritores. Sólo así, sin esperar y por orgullo patrio, se podrá dar a conocer este poeta americano.

Pedro Juan Labarthe.

San Juan Bautista de Puerto Rico.

Como un cuento de verdad

(En el *Rep. Amer.*)

La madre de Sofía era una vieja enferma. Trabajaba en mi casa. Casi veo su imagen deslizarse en la semioscuridad del obrador con sus largas manos flacas, como una sombra. En el fondo del obrador está el horno encendido. Parece la tarasca de una fiera fabulosa que desea tragarse a la madre de Sofía. Pero poco ganaría con ello, porque la mujer está desnutrida. Debe padecer de una enfermedad grave. Sin embargo es lo que puede decirse una buena trabajadora. Muy temprano está ya en el obrador removiendo la blanca harina con sus manos fláccidas. De allí saldrán las bonitas biscotelas de finos bordes como de encaje, y las graciosas canastillas de coco y las repulgadas deliciosas. Trabaja y trabaja la buena vieja.

Sofía no la ayuda, aun cuando podría hacerlo. Por qué no podría hacerlo? Alguna compañera le dice a la vieja:

—Poné a tu muchacha a ayudarte, con eso te vas temprano.

Pero la vieja tenía su plan con respecto a Sofía. Por disimular decía, aparentando cierto enojo:

—Es muy vagabunda, sólo quiere estar leyendo...

Porque la muchacha estaba en la escuela y ciertamente sólo quería estar leyendo. Casi no jugaba con los otros muchachos de las obreras. Prefería estar inclinada sobre sus cuadernos o sus libros. Me preguntaba muchas cosas y yo se las explicaba lo mejor que podía. Siempre he sido un pésimo maestro. Sofía quedaba contenta con mis explicaciones y entiendo que no le iba mal porque sus notas eran muy recomendables. La vieja me llamaba para mostrarme la nota. Estaba alegre. Pobrecita, sentía el orgullo de la inteligencia de su hija.

La muchacha no era orgullosa. Me parece también que ni se fijaba en que obtenía buenas calificaciones. Tal vez le parecía natural eso. En lo que se interesaba era en trabajar. La vieja no quería maltratarla. Alguna razón tenía para ello. Me costó mucho adivinar una de esas razones. El padre de Sofía no era un hombre común. Bien es verdad que a estas horas no le prestaba ningún apoyo para criar y educar a la hija. Ella se contentaba con saber que el padre de Sofía era una persona principal. Así como quien no quiere la cosa, me dijo un día el nombre del padre de la muchacha, y yo adiviné de esta manera, por qué la madre guardaba tantas consideraciones a la hija.

Por otro lado molestábamos a Sofía diciéndole que por qué no hacía alguna cosa. Otras muchachas, hijas de las obreras, eran más hacendosas. A las madres se les pagaba por tarea y con el auxilio de las hijas sacaban un buen jornal diario, que ni así les alcanzaba para vivir. Pero esto último no era un negocio de mi casa. La vieja de Sofía no se empeñaba en ganar más. Le bastaba llevar el ritmo. Creo que a la muchacha la ayudaban en la escuela. Ya se había entrado en ese período de misericordia escolar.

—Pero Sofía —le decía la otra vieja Andrea— ¿no te da lástima tu mamá?...

A la vieja Andrea no le importaba que la madre de Sofía reventara, pero sentía cierto placer maligno maltratando a la hija. Ella tenía una hija que tampoco la ayudaba, pero que se ayudaba ella misma.

Sofía no contestaba a estas impertinencias o se contentaba con decir:

—Yo le ayudaré.

Estas palabras no las comprendían muchas de las mujeres que trabajaban en el obrador. Eran muy dignas palabras para ser comprendidas por la inteligencia perversa de tales gentes.

Bien es verdad que Sofía era fea, muy poco graciosa. Dios la había protegido demasiado con estos dones. Tal vez en el suburbio no les importaba que Sofía fuera fea y desmedrada. Les bastaría con que fuera una hembra joven.

Al fin hubo que cerrar la panadería. Dejaron de moverse las máquinas. Se vaciaron los sacos de harina. Se quedó dormido el horno como una bestia primitiva antediluviana. Era hermoso el horno. Grande y redondo. Lo había hecho Lencho, el hábil albañil. Era casi el orgullo de la familia. Nunca quemaba el pan, ni los queques, ni la tostelería refinada, sino cuando se descuidaba el hornero.

—Este maldito horno —decía el hornero refunfuñando—. Pero sabíamos que no era el horno sino él. Generalmente pasaba eso cuando no había pasado por la pulpería antes de venir a su trabajo. Como se le conocía el remedio, en la casa le daban oportunamente la medicina, con una que otra broma para que no se ofendiera. Esta gente de otra época era muy quisquillosa. Sufría yo viendo las máquinas paradas. Me parecía que ellas también tenían nostalgia de los movidos días de trabajo. Pasan las mujeres jóvenes de allá para acá. Hay un grito. Hay una armonía de latas. Se agita el obrador con las máquinas que comienzan a moverse y al fin el ambiente se satura del agradable olor de la masa cruda o de los panes horneados. Y hay risas, injurias, quejas, bromas y alguna vez hasta heridas. Pero todo esto informe, impremeditado, era bello.

También desapareció Sofía y la vieja madre. Vivían en una barriada distante de la ciudad y no era gente que pudiera perder el tiempo en cortesías innecesarias. No nos visitaban y así hasta perdimos la sensación de que esa gente pudiera existir en el mundo.

Alguna vez el correo de San Marcos me dijo:

—La maestra de San Miguel los conoce. Pongo la maestra por hábito, pero es seguro que me dijera "la mestra". Hay quien hace la diferencia entre maestro y mestro. En este caso no sería justo aplicar la diferencia. Realmente, Sofía debió ser una modesta maestra de escuela rural. En su corazón también es posible pensar que fue una buena maestra. Y ojalá que aquí no se equivoque el tipógrafo.

Sí, era Sofía. El correo me dió el nombre, también me dió el nombre de la madre y ví que el destino se había cumplido. Es decir, la madre vivía ahora dignamente, mientras su hija ejercía un precioso oficio que yo llamo. Fui a San Miguel. Las cosas habían cambiado. Sofía vivía en una casita campesina que prestaba la Junta y que Sofía se había propuesto en darle una apariencia de casa bonita y alegre. Limpia, ordenada, llena de matas montañeras y de flores. Se estaba bien allí. Se conversó alegremente y la muchacha había adquirido cierta personalidad. La madre se reclinaba en una de las bandas de la puerta para seguir la conversación entre personas ilustradas y en su cara fea y más que morena se reflejaba una luz del cielo. Así es la vida. Tiene estos cambios admirables. Tal vez penosos por otro lado, pero en fin, cambios. Es cosa distinta llevar todos los días un vestidito limpio, hablar de Cristóbal Colón, del Niño Jesús perdido y hallado en el templo, acariciar la cabecita de una niña que se ha puesto a llorar, poner un arresto, cantar un poco y volver a la casa con un ramo de flores. En la mesa hay un mantelito blanco, hay un vaso de leche...

—También mamá ya no se enferma tanto —decía Sofía con un inmenso contento de alma.

La hija buena quisiera que la madre buena se eternizara. Ya tenía mejor apariencia la vieja. No es lo mismo vivir en el campo, cuidar unas gallinas, recoger todas las mañanas uno o dos huevos, encender un fuego alegre y saber que la hija está contenta.

Ya tenía sus tres años de trabajar Sofía allí. La querían. Como tenía cierto don social, había transformado la escuela y la casa. En la escuela se dijera que habían encendido nuevas luces. Y en la casa, que las arañitas le habían dado el lugar a una hada. Hasta parecía bonita Sofía. Natural, ahora el alma buena se le salía por los ojos. Va por los caminillos Sofía rodeada de sus chiquillos. Se sientan a la orilla de los ríos. Les lee un cuento o lo dice a su manera. Los chiquillos comienzan a oír de un nuevo mundo. Quién sabe si también aparece en el espíritu de alguno de ellos el sentido de una aventura. Ir a ese nuevo mundo. Transformarse. Sofía, sin darse cuenta de ello, acaso, pasa por entre el alma dormida de los niños aldeanos y les revela su destino. He aquí la muchacha fea haciendo el papel del hada maravillosa. ¿Acaso las hadas han de ser siempre bellas? Así, pues, pasaron los tiempos. Allá, en el rinconcillo de la montaña, estaba Sofía despertando almas. De tarde en tarde veía yo hacia la montaña y recordaba a Sofía y a la buena vieja y pensaba en su felicidad. Ahora estarían mejor, seguramente. El correo de San Marcos iba y venía como de costumbre. No se hacía viejo este hombre honrado. Era como una de esas raíces de árboles centenarios que no parece que cambian. Ya tenía como quince años de recorrer el mismo camino en el ajetreo de su oficio. Había aprendido mucho. Había visto mucho. Andar a su lado era interesante. "Aquí, decía, me asus-

taron". Era un lugar muy solitario. "Cerca de este árbol encontré el cadáver del Alcalde Rufino". Al alcalde Rufino lo habían matado sus enemigos. Ya hoy no se mata a los alcaldes. Los pueblos se han civilizado. ¿Por qué no los alcaldes? Contaba el caso de la mujer que se había suicidado la misma noche que se celebraba su boda. Y ¿por qué no la habían matado en vez de suicidarse? ¿Averiguaron bien la cosa?

Todavía, al correr el tiempo, me encontré al correo de San Marcos, y entre otras cosas le pregunté:

—¿Y aquella maestra de San Miguel?

—Ah!, me dijo, ya hace como un año que se murió...

Hay ciertas palabras que poseen un extraño poder de disolución. Al oír éstas del viejo servidor del Estado, creí que se había abierto un abismo en mi imaginación y que allí se habían hundido muchas cosas. Se había hundido toda una época. Se habían hundido muchos destinos. Se había hundido un trozo de felicidad pasajera. Pero nada vi en la sombra.

Para evitar la conversación volví a preguntarle:

—¿Y qué tal el partido republicano?...

No sé qué me contestó el correo, y creo que no me interesó lo que dijo... Lo vi alejarse pequeño como era, con un andar reposado, como de hombre que trata de no olvidar sus numerosos encargos. Lo vi perderse en la sombra de la calle semioscura de la ciudad, también tal vez para siempre.. No lo volví a ver más.

Siempre he querido escribir esta humildísima página. Me parecía justo no rendir un homenaje de simpatía a una pequeña alma también humildísima, cuya alma fue una lamparita encendida en la mesa tosca de una escuela rural, en cumplimiento de un sagrado servicio para el hombre y que perteneció a esa legión de seres, acaso anónimos que en aquella época fueron como los *pioneers* de un movimiento de iluminación espiritual. Ellos abrieron el camino hacia una mayor empresa. Sus nombres tal vez hasta se han borrado en los cementerios, y sin embargo, fueron buenos y generosos. Hicieron el bien sin orgullo.

RÓMULO TOVAR

San José, Costa Rica, agosto de 1941.

3 romances inéditos de Claudia Lars

(En el *Rep. Amer.*—Del libro en preparación: *Romances de Norte y Sur* que editará *Zig-Zag*, en Santiago de Chile).

II

En el río del recuerdo
al revés las ondas viajan...
No buscan el mar inmenso
como las ondas del agua.
Suben en vez de bajar,
regresan a fuentes altas,
y se pierden, lentamente,
en prismas de madrugada.

Sobre el rumor del recuerdo
la vela que zarpa...

Luces diáfanas revientan
en cumbres recién lavadas;
desnudas formas de niebla
vuelven al día la espalda.
En el vidrio del pantano
bosques hundidos se alzan;
libélulas de resorte
alargan vuelos de ámbar.
Buscan nidos de calor
los reptiles de la grama;
las palomas se persiguen
y los bejucos se alcanzan.

Sobre fuga de recuerdos
vela de nostalgia...

El abuelo que, por indio,
tiene de barro la cara,
lleva en la cabeza terca,
sombrero de Jipijapa.
Le conoce el horizonte,
ninguna bestia le engaña,
sabe las letras del cielo
y el idioma de las plantas.
Su bota de cuero sucio
—con espuela que se arrastra—
quiebra el diente de la piedra,
se hunde, sin miedo, en la charca,
Tío Conejo es su amigo,
porque le enseñó sus mañas,
pero guarda su candor
en villancicos de Pascua.
Fuma puros de Copán,
mece el deseo en hamaca,
cree en la virtud de la ruda,
usa amuleto y medalla.

Mi padre rompe el destino
con el plomo de su bala.
En un signo de la suerte
pone su alforja y su cama.
Siete mares aprendieron
su canción en lengua extraña
y al fin clavó su inquietud
en amor de tierra cálida.
El hondo cauce del río
tuerce con la mano blanca;
abre el ojo de la peña
y el vientre de la montaña.
Mueve ruedas imposibles,
dibuja cifras y mapas,
y traza líneas que vuelven
pequeñita la distancia.

En bahía de recuerdos
la vela descansa...

Cuando la lluvia de Octubre
juega a doblegar las ramas;
cuando ha llegado la noche
por camino de fantasmas;
cuando el tecolote mira
con la pupila espantada
y el gato de los rincones
ronronea entre las faldas;
con sandalia de silencio,
sin quitar llaves ni trancas,
la leyenda de dos tierras
entra y se sienta a mis plantas...

Jinetes y peregrinos,
bandoleros y piratas,
repiten, sin hacer ruido,
aventuras y batallas.
El sol y la cruz se juntan,
la selva y el mar se llaman,
y el Cipe que nunca duerme
reta a los duendes de Irlanda.

Por el hilo del encanto
polvillo de sueño baja.
Se esconde la maravilla
en aletear de pestañas.
El cansancio se reclina
sobre rumor de palabras.
Querubines invisibles
anuncian fiestas del alba.

Y en las ondas que se pierden
mi vela lejana...

III

Pulsando el volcán y el río,
—entre la playa y la sierra—
irguiendo, por cuatro rumbos,
campanarios y palmeras;
con techos que se persiguen
y calles que corcovean,
alza mi ciudad de siglos
su algazara mañanera.

Un sol que nace maduro
le vuelve de oro las piedras
y ensarta prismas girantes
en pelusillas que vuelan.
El cura y el monaguillo,
el ruido de las carretas,
veinte gallos y un canario
antes que el día despiertan.
Se abren después los zaguanes
y las ventanas de rejas
para mostrar, al que pasa,
fugaces enredaderas...
Sobre combas aromadas
zigzaguean las abejas
y en el chorro de la pila
se lavan paños y trenzas.
Suben resinas silvestres
en el humo de la leña
y se endulzan las palabras
con masa de bizcotelas.

¡Ciudad tendida en la costa
olvidando lo que espera...!
¡Cuatrocientos ojos de agua
te miran y te reflejan!

En arcones olvidados
se ha escondido la leyenda
que la polilla se come
y que los niños encuentran.

Tienen eco los rincones,
tienen chirridos las puertas,
y están esperando sustos
botijas y calaveras.

Entre la ropa lavada
manojitos de alhucema.
Racimos y moscardones
sobre el mantel de la mesa.

En nubes de tarlatana
y corazones de fiesta
la Virgen de Candelaria
vestida de lentejuelas.

Alfombras de Viernes Santo
hechas de serrín y arena.
Bajo el signo de Diciembre
retablos y pastorelas.

El zipote de los trompos,
el loco de las piruetas,
y la guara de colores
con ansias volatineras.

¡Vieja ciudad de Don Pedro
sin banderas ni veletas!
Entre dichosa y nostálgica.
¡Entre marina y campera...

VIII

(A Salomón de la Selva)

León de Nicaragua... nunca
vieron mis ojos tus calles.
En el horizonte fuiste
vana promesa del aire...
Te levantaste, sin líneas,
sobre pausa inolvidable,
en la voz que alzó el temblor
de mis rosas y mis ángeles;
en la voluntad que supo,
con música de mi sangre,
hacer—nuevo Pigmalión—
su Galatea triunfante...

Por eso ¡ciudad perdida!
ninguna puede igualarte.
Eres íntima y extraña.
Eres cercana y distante.

Muestras, en lo verdadero,
tus balcones y portales
y tu catedral antigua
con campanas y cadáveres.

Y escondes, en lo profundo,
bandera de soledades
y un pájaro de cenizas
sobre una rama de jade...

Levedad de sueño tienen
conocidas realidades,
y en el despertar el sueño
casi tiene formas reales.

Finas hilachas de nube...
Cielo de vivos esmaltes...
Y los vientos, maromeros,
entre plumas de azacuanes.

Las monjas rezan maitines,
las madres lavan pañales,
las niñas juntan y anudan
corazones y azahares.

Nuestra Señora vigila
una alcancía con llave.
Discuten, por las esquinas,
poetas y generales.

Van ahuecando, las viejas,
almidón de los fustanes.
Mendigos y vagabundos
se duermen en los umbrales.

Caen lágrimas de cera
sobre la reina de naipes,
y el alcaraván del patio
cuenta las horas cabales.

Y después... en la nostalgia
de mi voz y de mi sangre
aquella visión secreta
como una estampa inmutable...

¡Ciudad que cabe en el pecho,
aunque en su puesto no cabe!
¡Arquitectura de ausencia
en contornos musicales!

Te guardo, sin que te miren,
definitiva y errante...
con un velo de cenizas,
con anillo de iniciales...

CLAUDIA LARS

Sugerencia para una encuesta

Rehabilitación de la función social humana del artista

(Envío del autor.—Del quincenario Ya. Managua, Nicaragua).

Managua, Nicaragua, 3 de julio de 1941

Estimado amigo
Don Joaquín García Monge:

Va tras un largo paréntisis silencioso, este breve mensaje de salutación. Le envío un recorte mío sobre un tema que juzgo le interese sobradamente, porque es reinvidicador de los derechos del artista en este siglo de aguda enfermedad materialista. No hemos estado ociosos por aquí. He escrito yo una novela: El mono de la América Central *y preparo un libro de cuentos folklóricos. Joaquín Pasos terminó un libro de poemas:* Misterio indio. *Luis Alberto Cabrales prepara una* Antología de poetas nuevos nicaragüenses *para la Editorial Zig Zag de Chile; Pablo Antonio Cuadra sigue en sus tareas defensivas sobre hispanismo; Coronel Urteche escribe y estudia.*

Pronto —muy pronto —le remitiremos cosas nuevas, inéditas para Repertorio. *Para ello contribuiremos todos.*

..Deseo manifestarle que próximamente estará a mi cargo una página de selección literaria en La Estrella de Nicaragua *que llevará el nombre de* Pájaro de Papel. *Se la remitiré para que use de ella como mejor le convenga.*

Quedan invitados para colaborar en ella, con Usted, todos los amigos poetas y escritores costarricenses de corazón y estética libre.

Con mis votos por su bienestar personal y de Repertorio, *quedo su afmo.*

ALBERTO ORDOÑEZ ARGÜELLO

—o—

"Sueña que tú coges, hasta el día en que seas cogido de la tierra. Sueño es el rocío del cielo, el jugo del cielo; la flor amarilla del cielo es sueño. ¿Por ventura yo te he tomado tu tiempo, te he tomado tu sustento?

(*Chilam Balam de Chumayel*. Versión de Antonio Médiz Bolio. Cap. de *El Libro de los Enigmas*).

A pesar de la humana aspiración hacia un destino mejor, a pesar del florecimiento pasado de las culturas, hay un sentido trágico de la vida que define al hombre como un "animal de presa". Por eso Hebbel escribe lapidariamente: "La historia de la Humanidad me hace a veces la impresión de que fuera el sueño de un tigre".

Una de las cosas que más hiere el sentimiento de nuestras juventudes, es, en algunos aspectos, la guerra que existe contra la inteligencia. Sobre todo, en nuestras latitudes se piensa aún que aquellos que se dedican por entero a la vida creativa del arte son seres que no están cumpliendo misión alguna de provecho estatal y colectivo. Según ese criterio, los artistas son los zánganos de la colmena.

Es cierto que quien hace del arte un ritmo normativo de su existencia está en condiciones de desventaja para hacer frente a las urgencias de la vida, así como el típico hombre práctico siente su incapacidad para toda especulación espiritual que salte sobre las bordas de su sensibilidad mediocre. Tal evidencia coloca al artista en una posición de privilegio, como en los tiempos de un Mecenas. Porque él representa una parte del cuerpo espiritual de una nación.

El imperativo de la dedicación integral a la función de la cultura ha sido siempre comprendida por los mejores y más avisados estadistas. Maquiavelo, en el capítulo XXI de su más famoso libro, *Cómo debe gobernar un Príncipe para ser amado*, dice: "El Príncipe ha de apreciar el talento y honrar a cuantos descuellan en las artes."

El difícil porvenir que se espera para las minorías artísticas en nuestro medio, impone a todos los hombres de buena voluntad el impostergable deber de iniciar una campaña por la rehabilitación del artista en sus derechos sociales y humanos. El necesita de una efectiva protección material para poder escuchar, dentro de una perfecta entrega de sus facultades, los reclamos e intuiciones de su espíritu. Mas nunca herir su dignidad con ese pan de mendigo que le tienden, como una gran concesión, los estados eminentemente burgueses en donde no hay un Jefe espiritual propio para salvar problemas tanto materiales como espirituales.

Sólo el retorno del artista a su privilegio perdido, lo que le hacía ser personaje descollante en las cortes de los Louises, y personaje de primera línea en todo el Renacimiento, puede echar nuevamente al vuelo las campanas espirituales de nuestra cultura. Así se cumple este oportuno pensamiento del filósofo viajero, Conde de Keyserling: "El artista pertenece a aquel tipo de seres que no puede desplegar todas sus potencias más que en una posición de privilegio".

Es así como lanzamos ahora la idea de una encuesta sobre la función social humana del artista. Porque el artista, abarcando en su personalidad la plural expresión del Arte a través del individuo, necesita ser rehabilitado a su antigua condición jerárquica en la organización social humana. El ciclo griego, tipo de civilización que no ha tenido igual bajo el sol, reclama desde los tiempos de Pericles la plenitud

del hombre de arte en sus derechos de guía. Quienes manejan y cincelan el pensamiento, estos pequeños dioses de la palabra, del color y del sonido—el artista en resumen,—demandan a este siglo materialista y egoísta que lleva dentro de sí el aborto de su propio fracaso, un retorno a tiempo hacia la luz eterna del espíritu.

En la antigüedad, el culto por el arte y los privilegios conferidos a la personalidad del artista como vivo funcionario de la cultura, eran una prueba evidente de que el hombre no perdía de vista el fanal de lo eterno. Por eso citamos nuevamente a Keyserling, cuando afirma que "la evolución propiamente dicha empezó por individuos privilegiados, por castas privilegiadas y, más tarde, por clases privilegiadas".

Berdaieff asegura que en todas las épocas el hombre guardó ese contacto con la eternidad, hasta culminar con ese delirio de la mística que fué la Edad Media. Más ahora, en estos tiempos modernos que corren, dice el gran pensador cristiano eslavo, que "al romper definitivamente con la eternidad, para amarrarse exclusivamente al mundo nuevo que debe señorear y dominar, el nuevo hombre se deshumanizará, aunque de ello permanezca inconsciente". Y agrega—"nosotros asistimos ya a ese proceso".

¿Habremos nosotros de contemplar con indiferencia esos síntomas de bestialización? Y no otra cosa que un verdadero síntoma es la indiferencia hacia esa aspiración de eternidad que resuelve, en último término, todas las especulaciones artísticas. No otra cosa que un síntoma es su secreto odio, su burla a los derechos funcionales del artista como sujeto conductor y sublimador del pensamiento.

Esa sintomatología sube como ambiente inficionando las esferas de donde parte toda organización social y donde hay siempre una cabeza directora responsable de los destinos de su pueblo. Es decir, en este caso, depende del estadista la resolución del problema artístico de su patria, como puedan preocuparle los problemas del trabajo y las finanzas. Despreciar el contingente artístico dentro de la fórmula de gobierno, viene a recrudecer la incultura y bestialización del pueblo, pues como dice en sus *Coloquios* el filósofo chino Fu-Lao-Chang: "Es incontrastable la influencia que el ejemplo de las clases superiores tiene sobre el vulgo. Si las clases superiores se componen de individuos desordenados, groseros, individualistas, el pueblo no puede ser mejor que las clases superiores. Una nación así compuesta carece de verdaderas jerarquías, de estructura, de disciplina. No es una sociedad, es una anarquía".

El artista es, como una consecuencia de su misterio, un ser privilegiado y por lo tanto debe estar socialmente lleno de privilegios. Pocos son los países en donde una imborrable tradición espiritual cumple con esa misión oficial o extraoficialmente. Ya hemos visto cómo Italia glorificó en la vida y en la muerte la personalidad y la obra del gran poeta y soldado Gabrielle D'Annunzio. Actualmente en Francia, decir Paul Valery es hablar del espíritu y del genio de Francia. En los pueblos más señeros de Sudamérica, por ejemplo, Chile, el poeta como Pablo Neruda y Vicente Huidobro y el artista como Claudio Arrau, lleva orgullosamente en su persona la representación espiritual y aún a veces oficial de su país, como en el caso de Gabriela Mistral, quien ha sido investida como Embajadora. En México, quizá para justificar ante el mundo su experimento revolucionario, se ha hecho honor a las letras enviando a Alfonso Reyes como Embajador a Argentina, a Puig de Casaurac como Embajador en el Brasil, a Castillo Nájera como Embajador en Washington y a Xavier Villaurrutia a una representación de negocios.

En nuestro ambiente, donde han abundado como las moscas estadistas tiznados de restacuerismo, donde los vendedores de abarrotes llegan a ser personajes y al fenómeno intelectual se le mira con la despectiva ignorancia del burgués que sólo piensa en el tanto por ciento, el artista termina en tendero o pulpero, o rastreando el diario sustento como comisionista de la Bolsa Negra.

En Nicaragua, el artista tiene que hacer política de vientre para poder vivir confortablemente. Tiene que comercializar su producción o comercializarse a sí mismo. El hecho de que el más eximio de nuestros compositores, Luis A. Delgadillo, haya tenido necesidad, en vez pasada, de ser auspiciado para comprar un piano, es un dato documental que nos llena de tristeza.

Fue necesaria una campaña de resistencia de parte de todos los órganos de publicidad nicaragüense, para que Ramón Ignacio Matus y Rodrigo Peñalba, dos afiebrados de nuestra pintura y luego el genial miniaturista Genaro Amador Lira, hayan podido evadir nuestras fronteras en busca de Academias y cenáculos artísticos.

El hecho de tener a nuestro Rubén Darío, ridículamente envuelto en un camisón de dormir en ese vulgar monumento que le alzara, *post mortem*, la admiración nativa, no resuelve el problema de nuestra cultura que es, a la postre, el problema de la persona del artista respecto a la reinvindicación milenaria de sus derechos. En Nicaragua es indiferente la locura de Alfonso Cortés, el más alto de sus poetas vivos y uno de los más gallardos cantores del habla castellana. Se vió también, despreciativamente, morir en la indigencia a Lino Argüello, a José de la Cruz Mena, ciego y leproso, y a ese maravilloso pintor casi desconocido que se llamó Alberto Lobos y cuyos cuadros—¡quién lo creyera!—adornan salas burguesas o inmundas cantinas de León. En cambio, los artistas nicaragüenses que se han marchado han ido derechamente a triunfar en el extranjero: Eduardo Avilés Ramírez en París, Francisco Zamora en México, Salomón y Roberto de la Selva, ambos de fama internacional, ¿no han triunfado a la redonda?

Hace ya algún tiempo, con motivo de una encuesta que la revista literaria y política *Opera Bufa*, dirigida por el caricaturista Joaquín Zavala Urtecho, lanzó a la consideración de poetas y artistas de Nicaragua, se pusieron a discusión muchos puntos sobre literatura nacional. Se hizo entonces esta pregunta: "Cree Ud. en la posibilidad de una literatura nicaragüense?" El criterio claro y penetrante de José Coronel Urtecho, entre otras cosas, dijo lo siguiente: "Ahora estamos sin poesía y sin nacionalidad". "La vida de los hombres de Nicaragua es infrahumana y por lo tanto, es infraliteraria"... "Todos los jóvenes de vocación artística, debemos unirnos en una política de realidades concretas que coloque en la cima del Estado un organismo capaz de hacer política nacional. Un gobierno que pueda abandonar la política de partido, los intereses de clases o de particulares y reconstruir la nacionalidad deshecha. Un gobierno que exalte los valores espirituales que formaron el alma nacional, que reanime los ideales, los sentimientos, la vida moral de los nicaragüenses, que indique un destino nacional preciso y noble, que dirija de manera evidente al pueblo para que todos cooperen con tareas visibles a la formación de un país digno de ser habitado por el hombre y visitado por la divinidad. Uno que nos haga sentir el entusiasmo de ser nicaragüenses".

Mas no es el objetivo de nuestra encuesta que el artista deba ser visto por el Estado como un ser desvalido que clama su protección. Por el contrario, nosotros sugerimos la incorporación del artista revelado como persona digna de privilegios, todo esto de acuerdo con sus méritos. Pedimos su rehabilitación como funcionario de la cultura de su país, con una codificación de sus deberes y derechos, de su misión de servicio y de los altos destinos orientadores que Dios ha puesto en sus manos.

Recordamos en este punto un estudio del escritor español Ernesto Giménez Caballero, *Los Poetas en la Política*, donde contempla al poeta como un ser multiforme dotado de grandes poderes y facultades para el ejercicio de la política, siendo los únicos capaces de obtener una visión clara y precisa del porvenir. Emerson en sus *Siete Ensayos* nos habla de una virtud de videncia profética cuando acompaña al hombre el don de la poesía.

Mas aun cuando el artista no llegara a manifestarse jamás en otros planos de la vida, su personalidad posee siempre la envergadura máxima de un adelantado de la cultura. Los diarios sucesos pasarán. Pasará el caudillo político y la sinrazón de unos cuantos imbéciles con automóvil y crédito en el Banco; pero es posible que un hipotético muchacho que esté pintando el crepúsculo no pase jamás.

Y es que el artista sabe resistir al tiempo escudado por el milagro de su obra. El es tan útil a su patria como el héroe que ha salvado

el honor y la soberanía nacional: El ha salvado la cultura. El avanza con la disciplina de un soldado hacia el futuro y lo conquista sin más armas que unos pinceles, unos garabatos musicales o una serie de estrofas escritas sobre un papel. Como el héroe, que no lleva más que la manifestación espiritual de su valor, el artista no puede llevar más que la expresión espiritual de su talento. Ahí está el artista todo entero, reclamando sus humanos y sociales derechos, exigiendo su rehabilitación como flor de la cultura. Como líder de la emoción. Como ministro de la inteligencia. Como lo que realmente es: un personaje caído.

ALBERTO ORDOÑEZ ARGÜELLO

La timidez de...

(Viene de la pág. 216).

el terruño. Ligados éstos a los políticos en auge, representantes aquéllos del grupo adinerado y exhibicionista, todos hacían la pirueta que cebotaba en ditirambos de la prensa local.

Los únicos cuya labor en Europa fué silenciada, los únicos a quienes no se dió oportunidad para manifestarse, fuimos nosotros. Ni nos invitaban siquiera las Legaciones a las ceremonias prodigadas en épocas en que trigo, salitre, guano y café entregaban su Pactolo a la dilapidación universal.

Darío hubiera podido escribir, de más está decirlo, el mejor discurso para una fiesta nacional de Centro América. Algunos de nosotros nos hallábamos capacitados para dar conferencias medulares. Pero nunca nos solicitaron. Los tenores fueron otros, de los cuales nadie se acuerda ahora. Si alguna influencia llegamos a adquirir en el ambiente intelectual del Viejo Mundo, fué por nuestro propio esfuerzo, en lucha abierta con las representaciones oficiales, que opinaban como el que dijo en el curso de una de mis jiras por América:

—Dan ustedes demasiada a importancia a ese joven que entre nosotros no es nada...

Tampoco fué amigo Darío de los que intentaban hacer intervenir el dinero en la literatura. Pese a las seducciones que desplegaron, no tuvo para ellos una línea. Actuaban en el sector bullanguero, multiplicaban traducciones ficticias en idiomas inesperados, pero a las catacumbas donde se mantenía el culto inicial nunca pudieron entrar.

Defectos y excelencias que el poeta confesaba, diciendo compungido:

—Yo no tengo la culpa de ser así...

Porque ahí estaba el quid de la cuestión. No era un cálculo, una ley, un vicio, o una virtud; era un instinto lo que le apartaba de unas cosas y le empujaba a otras, dentro de su irresponsabilidad de sonámbulo que obedecía al mandato interior.

En la galería de *Cabezas* con ilustraciones de Vásquez Díaz, que publicó en la revista *Mundial*, y que reunió después en un volumen, no hizo concesiones a la actualidad, la riqueza o la influencia política. Sólo figuramos en la serie aquellos que—acertando o equivocándose—juzgó dignos de mención. Los hermanos Guido, dueños de la empresa, cerraron el paso a algunos nombres, pero no lograron imponer otros. Así pudo conservar la publicación su prestigio, hasta que el vendabal de 1914 se la llevó.

La timidez de Darío no excluía la firmeza. Nadie le hizo hacer nunca lo que no quería hacer. Cuando se hallaba en juego su responsabilidad o su orgullo, era hombre de carácter. Sólo asomaba la debilidad en el plano menor de su vida corriente, en el manejo de las cosas triviales, para las cuales no había nacido. Asumía la responsabilidad de pronunciarse contra las Academias o escribía un canto a Roosevelt, pero le asustaba ir a cobrar un cheque o asistir a una comida.

Una tarde le encontramos perplejo, sentado frente a su escritorio.

—No sé qué hacer—nos dijo—; en la habitación vecina espera un cerrajero para componer una cerradura, pero es tan difícil explicar, no sé cómo decirle...

—Hay que hablarle en prosa—falló Francisco Contreras—, que se hallaba en uno de sus días de buen humor.

Y fué Contreras quien resolvió el imaginario conflicto, en medio de la algazara juvenil, a la cual se unió después, de buen grado, Rubén Darío mismo, que solía acabar por burlarse de su propia indecisión.

MANUEL UGARTE

Viña del Mar, junio de 1941.

Pasaportes para...

(Viene de la pág. 210).

nos o no, en un territorio tan vital para su defensa. El oficial de cuarentena lo lamentaba, pero no podía hacer otra cosa. Todos los que tenían visas inconfirmadas—no menos de treinta—en el *Gynio Marú* que transportaba especialmente refugiados europeos, tenían que volverse en él.

Sólo por una feliz casualidad descendimos mi mujer y yo. Fue debido a la vigorosa intervención de un periodista local, el director del *Panamá-América*, Ted Scott, que por suerte me conocía de nombre y me ofreció su ayuda. Un fuerte artículo que Mr Scott publicó en su diario arregló la cuestión. Tras de dos días de angustiosa espera se nos permitió desembarcar. El gobierno de Costa Rica, cediendo a urgentes reclamaciones del ministro en Panamá, Dr. Fonseca Zúñiga, nos concedió por fin autorización para entrar al país. Sin embargo, no hizo caso alguno de los falsos documentos del señor Andersson de Estocolmo. Gracias a una nueva visa del cónsul de Costa Rica en Panamá, llegamos unos días más tarde a San José.

A nosotros nos salvó nuestra suerte particular. Cuando el *Gynio Marú* abandonó al fin Balboa con tres días de atraso, llevaba aún a bordo más de treinta refugiados indefensos, en su mayor parte judíos. Las autoridades de Panamá declararon abiertamente que estaban dispuestas a admitirlos siempre que "depositaran" una suma conveniente—tres mil dólares por familia—, que serían devueltos si la familia dejaba Panamá al año, además de cien dólares por persona como coima (*pure graft*).

Desde luego, no fue posible conseguir en tan corto tiempo esa suma de dinero y nada se obtuvo.

¿Dónde están ahora esos treinta pasajeros indeseados del *Gynio Marú*? Nadie lo sabe. El barco debe haberlos llevado al Perú o Chile sin la menor probabilidad de desembarcar allí, devolviéndolos por tanto al Japón. Quizá regresen por último otra vez a su "home" después de cinco meses de viaje inútil.

JOAQUÍN JOESTEN

Obsesión

(En el *Rep. Amer.*)

Debemos vigilarnos diaria, asiduamente, para evitar que la obsesión enfermiza se apodere de nosotros, restándole independencia a nuestra voluntad, y haciéndonos aparecer rencorosos y duros. No siéndonos dable llegar hasta las profundidades anímicas de todos los hombres, y careciendo algunos del dón de saber escuchar a los demás, el exteriorizarnos demasiado, puede dar pábulo para que se nos juzgue desfavorablemente, debiendo, por esto, ser parcos en nuestras apreciaciones y juicios. Reprimamos nuestros impulsos hasta tener el convencimiento de que son justos y nobles. Al llevarlos al terreno de la práctica, sin reflexión, puede producirnos estados de conciencia mortificantes, por sanos y laudables que ellos nos hayan parecido a priori.

En espíritus afines, existe otra clase de obsesión: la que se deriva de la comunión con almas que recatada, silenciosamente, se buscan y compenetran, sin llegar en ocasiones a exteriorizar sus pensamientos, por temor de que al hacerlo pierdan parte del brillo que poseían; como les sucede a los brocateles antiguos, largamente ocultos, que descoloran al ser expuestos a la luz solar, perdiendo su prístino esplendor. Esta obsesión, sana, exclusiva de espíritus selectos, necesita para su duración y culto, de la conjunción del silencio con el secreto. Tal aconteciòles a Emerson y Carlyle en su única entrevista. Con su palabra callada exaltaron el aforismo: "No hables, o cuando lo hagas, dí algo que valga más que el silencio". Aforismo olvidado, y el que debiera grabarse con letras de oro, de preferencia, en las puertas de los Parlamentos, por la sapiencia de su doctrina.

PEDRO JULIO MENDOZA BRUCE.

San José, Costa Rica, julio 17 de 1941.

EDITOR:
J. García Monge.
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscrición mensual ₡ 2.00

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — *José Martí.*

EXTERIOR:
UN TOMO: $ 3.00
DOS TOMOS: $ 5.00
oro am.
Giro bancario sobre
Nueva York

Hitler

(En el *Rep. Amer.*)

La palabra Hitler está destinada a entrar en los diccionarios de las lenguas como palabra que designa una serie de cosas especiales, probablemente muy especiales.

Si no ando mal informada, alguien en inglés dijo—"nosotros no podemos permitir la hitlerización de América". De modo que según esto, hitlerizar vendría a ser un verbo conjugable con todas las flexiones gramaticales del caso.

Las palabras—por demás está decirlo—sirven para entenderse las gentes, porque son la expresión articulada o escrita de fenómenos, de hechos y de estados de cosas reales. Y ahora que a esta palabra que nos ocupa, tratan de darle un contenido, y de esclarecer sus alcances, vamos a tratar de contribuir en la medida de nuestras posibilidades a indicar lo que se nos ha ocurrido pensar al respecto.

Para entrar en materia, debo comenzar por hacer un relato, en el que entran personajes de mi particular conocimiento.

Primero—un señor—X—sumamente rico, un hacendado, hombre de pro, magnífica persona, muy legal en sus tratos y celoso de sus deberes.

Segundo — una muchacha humilde—Z—sirvienta, miserable y que por tanto, ni es de pro, ni magnífica persona y probablemente se vea a palitos para cumplir con la legalidad y los deberes.

Hace doce años Z tuvo una hija de X. Este nunca le ayudó económicamente para la crianza ni el mantenimiento de la hija, los que corrieron siempre por cuenta de la muchacha. La niña, entre miserias y pobrezas terminó los estudios primarios con aprovechamiento y al cabo de éstos comenzó a perfilarse en ella cierta lozana belleza de adolescente que probablemente despertó una justa vanidad en la madre, porque—oigámosla decir lo que me dijo: "Como la chiquita se está poniendo tan bonitilla, se me ocurrió retratarla para regalarle un retrato al papá. Usted no se puede imaginar lo que me costó ajustar seis pesos para el retrato. Por fin me fuí un día con él a atisbar a X por la calle de la Sabana para dárselo. Yo iba rezando para que no me fuera a hacer un desprecio. Y cuando lo ví, le dije:—Mire, don fulano, aquí le traigo este retrato de la chiquita." (Sólo Dios sabe con qué susto diría ese párrafo la pobre paria).

El don fulano la miró seguro con asco y le contestó bruscamente. "Yo no quiero retratos de ninguna chiquita!"

"Yo me quedé adundada",—continuó diciendo Z.—"Cuando venía por el Asilo no pude más y se me salieron las lágrimas. Seguí caminando, como pude me sobrepuse a la tristeza y cuando llegué a mi casa traté de disimularle a la chiquita para que no echara de ver nada. Ella me preguntó:—¿Qué dijo mi papá del retrato?—Dijo que qué bonita que estabas.—¿Y por qué no se lo dió?—Ah, no! —él dijo que mejor lo guardaras vos. Seguro le da pena que alguien se lo vea.—Entonces démelo, mamacita, para quitarle la dedicatoria."

———:———

Y este señor es un furibundo antihitlerista. Tiene tres hijos de matrimonio, es decir, legítimos, para quienes han sido todos los cuidados.

Pero yo no entiendo cómo es posible que estas personas establezcan una diferencia convencional tan profunda entre cosas tan enormemente propias y personales como son los hijos, no importa si legítimos o naturales.

Esta jerigonza es algo diabólico. Y quien es capaz de llevar el individualismo a tan feroz manifestación, como es la de hacer distingos miserables entre cosas tan entrañables como son los hijos, ¿no viene a ser, analizándolo bien, la molécula fundamental que cohesionada con otros millones de moléculas congéneres, crean ya en el vasto campo de lo político, esa monstruosa mole granítica del nacionalismo, cuyo más alto representante es Hitler?

Ese empecinamiento que tienen las gentes de no querer comprender que las manifestaciones políticas por más amplias y complejas que parezcan tienen una profunda relación con los hechos sociales más aislados y al parecer baladíes—las tiene desorientadas. Lo de que en la gota se cumplen las mismas leyes que en el océano, no les entra.

Por eso creo que Hitler podría tomarse como una manifestación arborescente de lo que entre nosotros sería una planta raquítica y degenerada, digamos enana, pero con todas las caracteristicas biológicas que nos permitirían colocar científicamente a ambas, dentro de la misma especie.

Es como unas señoras que siembran tunitas o pequeños cactus en unas macetitas de arena, porque las cultivan enanas, pero si esa misma planta degenerada la siembran en terreno fértil y abonado, se vuelve gigantoide y se desarrolla en proporciones descomunales. El tamaño, pues, cuenta como factor accidental. La planta es sustancial y específicamente la misma.

Asimismo uno tampoco sabe de qué enfermedad padece, mientras el virus que la produce no haya sido descubierto. Y es innegable que de ese microbio que tiene forma de suástica, hay un alto porcentaje en el organismo de nuestras democracias. Entendido esto así, los tales quintacolumnistas no vendrían a ser más que el caldo de cultivo adecuado.

Por eso creo que se pasó de ingenuo el que dijo que no podemos permitir la hitlerización de América, entendido el hitlerismo como una cosa exportable y no como un problema social de históricos antecedentes. Hitlerización hay en quien quiera que intercepte derechos con un criterio egoísta y que sobreponе a los ajenos, los propios intereses. Hitlerización hay en todos nuestros déspotas.

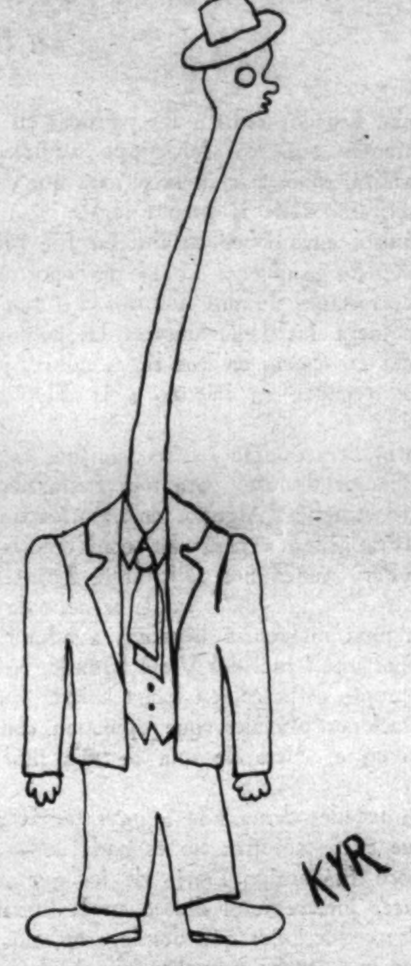
Hitler implica un sentido mezquino, egocéntrico, individualista, un sentido de clan que en último término es nacionalismo antisocial injusto, despiadado e inmisericorde.

———:———

Quien es capaz de despreciar, no digamos un hijo, el retrato de un hijo mientras cuida y alimenta a los que "cree" legítimos, es capaz, amplificando los términos, de crear una teoría racial en virtud de la cual se persigue a un sector judío—digamos en este caso concreto, por cuidar los derechos de otro sector racial de no importa qué características. Y así los vemos, indignados contra el Hitler de Alemania sin darse la más remota cuenta del conato de Hitler que llevan dentro de sí mismos. Y estos son los embrollos y contradicciones del capitalismo. Falta de compasión, de sensibilidad, de cultura hay en todo esto. Sería de proponer un amplio tiraje de la *B* de los burros, para plantársela a muchos que andan ostentando la *V* de la victoria.

Emilia Prieto

San José, Costa Rica, julio 26-1941.



Complejo de jirafa
o Un idealista romántico